Alan Watts

La cultura de la contracultura



En este fascinante libro, Alan Watts examina la historia de las rebeliones de la conciencia, centrándose particularmente en aquellas que se desarrollaron en contra de la sabiduría convencional.

Watts busca las raíces del movimiento de la contracultura en las antiguas culturas tribales y los pueblos chamánicos de Asia, Siberia y las Américas. En el proceso, emergen las grandes cuestiones que cada generación se ha planteado: ¿cuál es la naturaleza de la realidad? ¿En qué modo afecta a la realidad nuestra relación individual con la sociedad? ¿Cómo despertar a la dimensión espiritual?

La cultura de la contracultura ofrece una clara visión del aspecto principal de la contracultura: su radicación en la experiencia, y en particular, en la experiencia de lo divino. Watts analiza asimismo el inevitable impacto que esta forma de democracia espiritual tendrá en el arte y en la ciencia.

Lectulandia

Alan Watts

La cultura de la contracultura

ePub r1.0
Titivillus 30.03.16

Título original: *The Culture of the Counter-culture*
Alan Watts, 1997
Traducción: Alicia Sánchez
Diseño de cubierta: Ana Pániker

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

INTRODUCCIÓN

Para la mayoría de nosotros, la *contracultura* invoca imágenes de un capítulo concreto de la historia de América. La asociamos con el movimiento *beat*[1], la era de los sesenta y con el impopular *Summer of Love*. También se me ocurre pensar en el movimiento del *Free Speech*, los militantes *yippies*[2] y las drogas psicodélicas. Todos ellos sintomáticos del creciente consenso que existía cutre los jóvenes de que la principal corriente cultural iba por mal camino.

En ningún otro lugar era más evidente que en el área de la bahía de San Francisco, donde Alan Watts fue considerado como un portavoz del movimiento. Esto se debió en parte a su programa de radio de los domingos por la mañana *Way Beyond the West* (que se emitía en la KPFA de Berkeley) y en parte a sus populares libros sobre budismo zen. A finales de los sesenta, la edición City Lights de su folleto *Beat Zen, Square Zen, and Zen* se había abierto camino dentro de las mochilas de todo el país y muchos jóvenes empezaron a considerarle una especie de padre espiritual de los *hippies*. Hasta los críticos que tenían menos pelos en la lengua lo consideraban como «una superestrella de la contracultura», pero los que entendían su trabajo se dieron cuenta de que su visión de la contracultura era mucho más amplia, tenía sus raíces en la cultura del Extremo Oriente y en la experiencia mística.

Alan Watts, nacido en Inglaterra en 1915, quedó fascinado por las historias del Extremo Oriente poco después de haber empezado a leer. Escudriñaba los libros de aventuras sobre misteriosos villanos chinos y descubrió relatos de las enigmáticas conductas de los guerreros samurais japoneses y de los maestros zen. Conducido por su autoproclamada fascinación hacia «todo lo oriental», leyó todo libro que encontró sobre el tema. A la temprana edad de dieciséis años daba charlas regularmente en la casa budista de Londres. Fue allí donde conoció a D. T. Suzuki y se familiarizó con el sabor yóguico de las influencias del hinduismo y el taoísmo en el budismo zen.

Años más tarde se trasladó a Nueva York, donde pasó algún tiempo con Joseph Campbell. En una conversación de sobremesa en casa del compositor John Cage, hablaron del antiguo homólogo tribal del maestro zen, las figuras chamánicas asociadas a las gentes de Asia que, en su momento cumbre, habitaban en las regiones del extremo norte del Pacífico, incluyendo las áreas de China, Japón, Siberia y gran parte de las Américas. Cuando la conversación se fue centrando en los viajes interiores y en las experiencias místicas de los antiguos chamanes, resultó evidente que los ritos chamánicos continuaban en el presente en la tradición del maestro vivo y que siempre han sido estos los que han visto el mundo de una forma disociada de la corriente principal de pensamiento.

En las casi inconcebibles tradiciones chamánicas antiguas, los artísticos emplazamientos en las rocas muestran elementos de una próspera contracultura. Los rituales de la vida espiritual solían realizarse en lugares apartados de las actividades

cotidianas. En las cuevas de Francia, las cámaras donde los bailarines cantaban y bailaban delante de las imágenes de chamanes trascendentes y de espíritus de animales están ocultas dentro de cavernas a las que solo se puede acceder gateando por estrechos túneles. En áreas tan lejanas como Australia y el sur de California, los ritos del solsticio y demás ritos de renovación se realizaban en cuevas en las que solo cabían una o dos personas. Por importantes que hubieran sido estas ceremonias, lo que está claro es que no tenían mucho público.

Ya desde las primeras pinturas rupestres, la coherencia que ha guardado el estilo nos dice que ciertas personas pintaron las vividas imágenes en las rocas y tejieron dibujos sagrados en cestas y mantas. Tanto si pensamos en los antiguos pintores rupestres como en los impresionistas modernos, lo cierto es que ambos han tendido a separarse de la principal corriente de la vida social y han centrado su atención en la vida creativa. El impulso creativo que entró en la sociedad desde estas fuentes «exteriores» con frecuencia se ha considerado como una amenaza. Pero inevitablemente la diversidad de perspectivas que surge de estos experimentos culturales se convierte en algo vital para la cultura, a menudo de formas totalmente impredecibles. Dentro de cada contracultura se encuentran las simientes de un nuevo comienzo. Incluso podríamos contemplar a los participantes como aquellos que resuelven los problemas que, en último término, ayudan a la cultura introduciéndola en su siguiente fase de adaptación. En confianza, tal como hemos visto que sucede desde los sesenta, lo que una vez fueron conceptos radicales pueden llegar a formar parte de nuestra vida diaria. El yoga, el tai-chi y todos los tipos de meditación no hace mucho levantaban sospechas, pero en la actualidad estas artes se enseñan a la entrada de las galerías comerciales y son noticia en el mundo corporativo como soluciones para aliviar el estrés relacionado con el trabajo.

Se han invertido vidas enteras en explorar las formas en que los impulsos visionarios intensamente creativos han influido en las culturas donde se han producido. Algunas de las filosofías que más interesaron a Alan Watts tuvieron su origen en la India, China y Japón, así como en la América nativa. En el Occidente moderno, ahora estamos descubriendo las influencias de la India a través del budismo, que en muchos aspectos no hace más que presentar las prácticas yóguicas esenciales del hinduismo con una mayor elaboración psicológica. En la práctica budista, el hinduismo desarrolló una fuerte conciencia social, que se refleja en el principio del *bodhisattva*, el que ayuda a los demás en la senda hacia la iluminación. En este sentido el budismo reforma la visión hindú, integrando la responsabilidad social en la transformación espiritual individual.

Al mismo tiempo, la separación occidental de la experiencia de lo divino de la función del sacerdote, en el antiguo Oriente Próximo se convirtió en el sello distintivo de lo que Joseph Campbell denominó «religiones de identidad», así conocidas por su énfasis en la identidad del individuo *con* Dios en lugar de su experiencia *de* Dios. Como cabía esperar la historia de Occidente está plagada de

rebeliones de conciencia contra la tiranía espiritual de líderes que esperaban que uno sobreviviera con una experiencia de lo divino de segunda mano, o, como Alan Watts hubiera dicho, con una descripción de la comida en lugar de la comida misma. En esto hallamos una visión clara del aspecto primordial de la contracultura: esta se basa en la experiencia, concretamente en la experiencia de lo divino. Gran parte de lo que viene a continuación es el inevitable impacto que esta forma de democracia espiritual tendría sobre el arte y, en último término, sobre la ciencia.

La cultura de la contracultura se basa en una serie de conferencias públicas de Alan Watts. Fueron seleccionadas por las ideas que expone sobre estos elementos que han influido en nuestras vidas. Esta colección es mucho más que una revisión de la psique americana de mediados de los sesenta, pues a través de las palabras de Alan Watts, descubrimos qué es lo que dio importancia a esta revolución y por qué su mensaje no desaparecerá en cualquier momento. Esto no son revelaciones aisladas. Proceden de una tradición de diversidad tan antigua como la propia cultura, pero han tenido lugar en un extraño momento de la historia moderna en que están equilibradas, una vez más, para influir significativamente en la principal corriente cultural.

MARK WATTS
Marzo, 1998

1. MISTICISMO Y MORALIDAD

Cuando empleo la palabra *misticismo* me estoy refiriendo a un tipo de experiencia —a un estado de conciencia, por así decirlo— que a mi entender es tan común entre los seres humanos como el sarampión. Es algo que sencillamente ocurre y no sabemos por qué. Todas las clases de técnicas afirman promoverla y tienen más o menos éxito en conseguirlo, pero hay algo curioso que le sucede a la gente. Es una experiencia que aunque se podría describir desde una serie de puntos de vista bastante distintos, estos también se podrían reunir bajo unas pocas características dominantes.

Uno normalmente siente que es un individuo separado en confrontación con un mundo extraño a sí mismo, eso que «no soy yo». Sin embargo, en la experiencia mística, ese individuo separado descubre que es uno y de la misma naturaleza o identidad que el mundo exterior. Es decir, el individuo ya no se siente un extraño en el mundo; más bien siente el mundo exterior como si fuera su propio cuerpo.

El siguiente aspecto del sentimiento místico es todavía más difícil de asimilar en nuestra inteligencia práctica ordinaria. Es la desbordante sensación de que todo lo que ocurre —todo lo que yo u otra persona hemos hecho— forma parte de un armonioso diseño y que no hay error alguno.

Ahora no estoy hablando de filosofía; no me estoy refiriendo a una racionalización o a algún tipo de teoría que haya fabricado alguien para explicar el mundo y hacer que parezca un lugar tolerable para vivir. Estoy hablando de una experiencia bastante caprichosa e impredecible, que de pronto alcanza a las personas, una experiencia que incluye este sentimiento de armonía total con todo.

Me doy cuenta de que estas palabras —la armonía total con todo—, pueden llevar una especie de carga sentimental o sentimiento de Pollyanna[3]. Hay varias religiones en nuestra sociedad actual que intentan inculcar la creencia de que todo es una armoniosa unidad. En cierto sentido quieren hacer proselitismo de esta creencia.

En mi opinión eso es una especie de pseudomisticismo. Es un intento de hacer que la cola mueva al perro o que el efecto produzca la causa, porque la auténtica sensación de la verdadera armonía de las cosas nunca se consigue insistiendo en que todo es armonioso. Cuando hacemos esto —cuando nos decimos «todas las cosas son luz, todas las cosas son Dios, todas las cosas son bellas»—, en realidad con ello estamos insinuando que no es así, porque no lo diríamos si supiéramos que es cierto.

De modo que la sensación de armonía universal no nos llega cuando la buscamos o cuando vamos tras ella para escapar de lo que sentimos realmente o para compensarlo. Llega como caída del cielo. Y cuando lo hace, es irresistiblemente convincente. Es la base de la mayor parte de las ideas profundas filosóficas, místicas, metafísicas y religiosas de la humanidad. Quien haya experimentado algo semejante ya no se puede callar. Se ha de levantar y decírselo a todo el mundo. Y, ¡ay de él!, sin darse cuenta se convierte en el fundador de una religión, porque la gente dice: «Mirad

a esa persona, ¡qué feliz es!, ¡qué convicción tiene! No tiene dudas. Parece estar segura de todo».

Esto es lo maravilloso de un gran ser humano. Es como un animal o una flor. Cuando el capullo de una flor se abre, lo hace sin dudarlo.

Cuando una joven es presentada en sociedad, no sabe si va a tener éxito. Se presenta en el escenario social con algunas dudas en su mente. Por consiguiente, todo este tipo de apariciones en público son bastante enfermizas. Pero cuando el pájaro canta, se abre el huevo de la gallina o el capullo de una flor, no hay ninguna duda al respecto. Sencillamente ocurre.

Así, cuando alguien tiene una auténtica experiencia mística, sencillamente ocurre. Tiene que contárselo a todos porque observa que todos los que le rodean tienen un aspecto tremendamente serio. Parece como si tuvieran problemas. Como si para ellos el acto de vivir fuera extremadamente difícil. Pero desde el punto de vista de la persona que tiene esta experiencia, le resultan divertidos. No entienden que no hay ningún problema.

El místico ha descubierto que el sentido de estar vivo es sencillamente estarlo. Es decir, cuando miro el color de tu pelo y la forma de tus cejas, entiendo que su forma y color son su razón de ser. Y para eso es para lo que estamos todos aquí: para ser. Es así de fácil, obvio y sencillo. Sin embargo, las personas corren despavoridas como si fuera necesario conseguir algo fuera de ellas mismas. Lo más divertido es que ni siquiera están seguras de qué es lo que tienen que alcanzar, pero aun así lo intentan desesperadamente.

A la persona que se encuentra en el estado que yo denomino místico, esta frenética actividad le resulta muy extraña y absurda. No obstante, no es que pretenda hacer una crítica poco amable, sencillamente es una pena que las personas no sean conscientes de su propio absurdo.

Una de las cosas curiosas respecto a ellas es que no se den cuenta de que hay una dimensión, un aspecto en que su búsqueda es admirable. Jesús dijo: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen». Yo quiero darle a esta frase su sentido contrario. Quiero bendecirles —no perdonarles— por no saber lo que están haciendo. Quiero honrarles, porque las serias preocupaciones y ansiedades de la humanidad no solo parecen ser absurdas, sino también una especie de maravilla. Ellas son una maravilla, quizás de la misma forma que el color protector de la mariposa, que de algún modo ha conseguido que sus alas parezcan enormes ojos, es una maravilla. Cuando un pájaro que está a punto de devorarla se enfrenta a esos ojos que le miran, duda un poco, al igual que hacemos nosotros cuando alguien nos mira. Parece que la mariposa mire al pájaro y este fenómeno —las maravillosas alas que miran de la mariposa— parece ser el resultado de la ansiedad, de la angustia por sobrevivir a todos los problemas y luchas de la selección natural. Así, en nuestra intensa lucha, quizás todos seamos poetas desconocidos.

Una de las más grandes ideas que se han formulado es el concepto hinduista de

que el mundo es un drama en el que el espíritu supremo y central que trasciende toda existencia se ha perdido y ha llegado a creer que no es ese espíritu supremo, sino todas las criaturas que existen. Ha llegado a creer en su propio talento artístico. Cuanto más involucrado, más ansioso, más finito, más limitado consigue sentirse el infinito, mayor es su arte, más profunda es la ilusión que ha creado.

En cierta manera, todo arte es ilusorio. El arte del mago es el arte de dirigir la ilusión, pero todo arte, ya sea pintura o teatro, confía en las ilusiones.

Por eso, cuanta más ansiedad hay, más incertidumbre y más éxito tiene el universo en su arte. Al igual que cuando leemos una novela, vemos una obra de teatro o una película, cuanto más intentan el autor o el actor persuadirnos de que la novela o la película son reales, más éxito tienen como artistas. En el fondo de tu mente puede que quede un vago recuerdo de que esa obra, por ejemplo, no es más que una obra. Pero cuando estás sentado en la punta de tu butaca sudando y tus manos agarran con fuerza los brazos del asiento porque la escena te sobrecoge, la obra se convierte en arte sublime.

Los hindúes creen que toda la disposición del cosmos es exactamente así: mientras en tu vida cotidiana te preguntas si tu médico es un cirujano competente o un charlatán, si has hecho una buena o mala inversión, los hindúes creen que todos esos sentimientos de crisis son exactamente lo mismo que los sentimientos que experimentas cuando estás sentado en la butaca del teatro. Tal como dirían los hindúes, eso en ti que es real y que te conecta bajo la superficie con todos los demás seres vivos, eso es el actor que interpreta todos los papeles. Es el creador de la ilusión. Es el origen del juego que te ha involucrado de esta manera. Y que lo está viviendo del mismo modo que lo viven los actores en el escenario y por la misma razón: para convencerte de que el juego es real.

A todo el mundo le gusta jugar al escondite, el juego de asustarse con la incertidumbre. Es humano. Esta es la razón por la que vamos al teatro o al cine y por la que leemos novelas. Y nuestra así denominada vida real, vista desde la perspectiva del místico, es una versión de la misma cosa. El místico es una persona que se ha dado cuenta de que el juego es un juego. Es un juego del escondite y todo lo que esté relacionado con el aspecto de «esconderse» está conectado con esos lugares en nuestro interior que, como individuos, hacen que nos sintamos solos, impotentes, decaídos, etc., es decir, el lado negativo de nuestra existencia.

En varios momentos he intentado demostrar que en realidad solo existe un sencillo principio que subyace a todas las cosas: todo lo interior tiene su homólogo exterior. No sabes lo que es lo interior, a menos que conozcas lo exterior. Ni sabes lo que es el exterior, salvo que exista un interior.

Tú —tal como te sientes a ti mismo normalmente— eres un interior. Eres un ser animado y sensible dentro de una piel. Si no hubiera un exterior de la piel, tampoco habría un interior. El exterior de la piel es todo el cosmos, las galaxias y todo lo demás. Ello va unido al interior, del mismo modo que la parte frontal va con la

posterior. Si comprendes esto, entonces sentirás verdaderamente la armonía de todas las cosas. Esa es la visión del místico.

Ahora, cambiando un poco de tema, ¿qué es la moralidad?

La moralidad se refiere a una serie de reglas que son análogas a las del lenguaje. Es evidente por ejemplo, que solo podremos comunicarnos en inglés, si existe un mutuo acuerdo entre nosotros sobre cómo utilizar el lenguaje —qué palabras se refieren a ciertas experiencias y de qué modo las palabras han de estar unidas entre sí para que sean útiles y tengan sentido—. Es interesante que los seres humanos no tengamos demasiados problemas en llegar a este acuerdo sobre el lenguaje. La policía no tiene que inculcamos la gramática a la fuerza. Si bien es cierto que el maestro de escuela a veces tiene que enseñar la gramática a la fuerza a sus alumnos y decir de forma autoritaria que han de utilizar correctamente las formas gramaticales, cuando crecemos las empleamos sin demasiada dificultad.

Del mismo modo que nos hemos de poner de acuerdo en el lenguaje para poder comunicarnos, también hemos de acordar las reglas de conducción por la autopista, para hacer negocios, para la banca, para los acuerdos familiares y demás. Estas reglas son del mismo tipo que la gramática. Pero, por desgracia, esta similitud rara vez se reconoce, porque la autoridad, las sanciones, el poder que existe tras las normas es diferente de la autoridad que rige a la gramática. Lo que quiero decir es lo siguiente: si transgredes las reglas gramaticales, la gente se encoge de hombros y dice «esto no tiene sentido». No avisarán a la policía. Pero si transgredes las reglas de la autopista o de las finanzas, es probable que alguien les avise. Sentirás la autoridad del estado que se oculta tras ellas.

Hay otras reglas que no se fundan en la autoridad del estado, sino en la del Señor Todopoderoso. Y si las transgredes, no solo corres el peligro de ir a la cárcel, sino, según tu tendencia religiosa, de freírte en el infierno para siempre. Al menos demuestras que, lamentablemente, tú no eres mejor que los demás.

Ahora bien, dondequiera que entren en conflicto los campos del misticismo y de la moralidad, hay un problema. A lo largo de la historia de la religión, siempre se ha sospechado de los místicos. Las religiones y sus sacerdotes han sido los defensores de las reglas morales. Han sido los guardianes de la autoridad moral, del mismo modo que los lexicógrafos o gramáticos lo han sido de las reglas del lenguaje. Pero cuando dentro del terreno de la religión ha aparecido la experiencia mística, los sacerdotes siempre se han sentido muy molestos.

Por ejemplo, últimamente en California ha habido un extraño brote dentro de la iglesia episcopaliana. Varias congregaciones han experimentado un fenómeno denominado *glosolalia*, que significa «don de lenguas».

Si pones la radio en un domingo por la noche y sintonizas con cualquier reunión de revitalistas afro-americanos, oirás glosolalia. El predicador empieza hablando razonablemente, pero entonces, cuando el entusiasmo de la congregación va en aumento, diciendo «Amén; sí, Señor; enséñanos eso», el predicador se va animando

hasta tal punto que sus palabras dejan de tener sentido. Solo gime, grita y celebra el glorioso sinsentido del universo.

Dicho de otro modo, todas las secas clasificaciones teológicas se convierten en poesía y en algo que trasciende la poesía: en música. En ese momento el predicador se ha unido al universo, porque está haciendo exactamente lo mismo que las estrellas. Las estrellas y las galaxias que tenemos encima no tienen ningún rumbo. Flotan en el espacio formando parte de un colosal despliegue de fuegos artificiales.

Bueno, como venía diciendo, en los últimos meses, varias congregaciones de la iglesia episcopaliana han tenido brotes de glosolalia. El obispo de California, el obispo Pike, escribió una encíclica a sus pastores que decía que, en efecto, no habían de ser demasiado dogmáticos, pues siempre había que reconocer que el espíritu de Dios podía trabajar de formas misteriosas e imprevisibles y que habían de tener una mente abierta respecto a todas estas cosas. Este mensaje fue presentado de un modo muy complicado y requirió varias páginas. Pero luego, a pesar de estos sentimientos, cuando llegó la cuestión de la validez del don de lenguas, la encíclica decía, en términos contundentes «esto no ha de suceder en la iglesia episcopaliana». El guante de terciopelo del obispo Pike ocultaba una mano de hierro.

Esta ha sido la actitud característica de los sacerdotes y guardianes de la ley y el orden a lo largo de la historia. Todo, tal como dicen en la iglesia episcopaliana, se ha de hacer con decencia y orden.

Los guardianes de este tipo de ley y orden siempre han temido las manifestaciones espontáneas del espíritu. No solo de cosas como el misticismo, sino también de cosas como enamorarse. Esto conduce a una paradoja absolutamente sorprendente. Sabemos que el amor humano solo es genuino si se siente desde lo más profundo del corazón. Sabemos que es así, ya sea cuando sentimos amor hacia otro ser humano o hacia Dios. Por supuesto, siempre buscamos recibir amor genuino. No queremos que los demás nos quieran a la fuerza. Queremos que nos quieran sintiéndolo realmente desde lo más profundo de su corazón.

Cuando estudias la historia de los hebreos, que subyace al cristianismo, descubres dos tradiciones que están constantemente compensándose y desempatando entre ellas: la tradición sacerdotal y la profética. Los sacerdotes se preocupan del cumplimiento externo de las leyes. Los profetas se preocupan de las motivaciones internas que mueven las acciones. Los profetas siempre condenan la absurda observancia de las leyes, como una falta de sentido crítico. En este aspecto, Jesús es el más grande de todos los profetas. El profeta dice que, aunque un hombre nunca haya cometido adulterio, si ha mirado a una mujer con lujuria ya lo ha cometido en su corazón. Para obedecer realmente la ley has de hacerlo con tus sentimientos, y no solo externamente. Tal como dice Jeremías: «Llegará el día en que ningún hombre dirá a su hermano “conoce a Dios”, que es como decir, “conoce la ley de Dios”, sino que todos me conocerán, porque escribiré mi ley en el fondo de su ser».

En otras palabras, lo ideal es una persona que no obedece simplemente las

normas, sino que transforma sus deseos desde su corazón. Tener la ley escrita en el corazón significa cambiar nuestros deseos.

La situación peculiarmente paradójica que existe dentro de la iglesia establecida es que te pidan o fuercen, porque lo dice la ley, a que seas amable, a la vez que se te pide que también sientas ese amor en tu corazón.

Aquí es donde se produce el sorprendente conflicto entre el místico y el moralista. Pues el místico sabe que ha de ser algo más que legalista. Ha de hacer algo más que dedicarse a observar la ley externamente. Lutero dijo que la ley que requiere un cumplimiento interno es la más terrible. Una gran parte de su filosofía era un ataque a la idea de que se puedan dar órdenes a tus sentimientos internos, porque en el momento en que aceptas esa idea, abres la puerta a la hipocresía. Si les dices a los demás que les amas porque se supone que has de hacerlo, pero en el fondo de tu corazón no les quieres, entonces eres un hipócrita y un mentiroso. Cuanto más insistes en esa mentira y más crees que tienes el deber de cambiar tus sentimientos hacia los demás, más entras en conflicto contigo mismo. La verdad se acabará descubriendo. No podrás mantener la farsa. No tendrás bastante energía para seguir fingiendo y mofándote del sentimiento del amor. Si eres sincero, al final tendrás que decir: «no amo». No importa si se lo has de decir a otro ser humano, o en un contexto religioso, sentarte a reflexionar y decirle al Señor: «Señor, no te amo. Creo que eres un pesado, exigente, autoritario y dominante. Probablemente tendría que quererte, pero no puedo».

El caso es que tenemos miedo de que al expresar abiertamente nuestros sentimientos violemos la ley y el orden. Pero no es así. Ni en lo más mínimo. Más bien estaremos contribuyendo a la ley y al orden.

Una vez me asocié en unos negocios con una persona complicada. Pretendía ser un gran idealista y que todo lo que hacía lo hacía por el bien de la humanidad, para fomentar la comprensión mutua y promover la generosidad y el amor entre todos los seres humanos. En realidad, sus asuntos eran muy sospechosos éticamente. Yo no podía entenderme con él, porque no venía limpio. Si me hubiera dicho: «Mira, estoy en un aprieto, y para salirme de él necesito que manipules las cosas conmigo. Sé que no es ético, pero eso es lo que necesito que hagas». Yo le habría dicho: «bueno, estoy totalmente de acuerdo contigo». Si no hubiera venido con su habitual actitud piadosa, que me ponía enfermo y me parecía ofensiva, si hubiera venido como un ser humano, habríamos llegado a un entendimiento.

Este ejemplo muestra que la verdadera sinceridad es la única base para moralidad. La verdadera sinceridad significa que no has de encubrir tus sentimientos. A veces puede que tengas que hacer cosas que van en contra de tus sentimientos. Por ejemplo, puede que tengas que ayudar a personas que no te gustan y a las que no quieres ayudar. No seas hipócrita. No digas que tus sentimientos son otros.

Ahora quizás podemos entender algo respecto a la profunda relación que existe entre la moral y el misticismo. Si regresamos a la experiencia mística que he descrito

anteriormente en términos de estar en armonía con todo, podremos ver que dicha armonía también se refiere a la conducta humana. Sus altibajos no difieren en un principio de la conducta de las nubes o del viento, o de las danzantes llamas de la chimenea.

Cuando observas las formas de las llamas de la chimenea, verás que nunca hacen nada vulgar. Su arte siempre es perfecto.

En el fondo, con los seres humanos sucede lo mismo. Formamos tanta parte del orden natural de las llamas del fuego como de las estrellas del cielo. Pero esto solo puede verlo la persona que es sincera, en el sentido en que he venido utilizando esta palabra. La persona que intenta fingir sobre sus sentimientos nunca podrá ver esto. Siempre creará problemas. Será el hipócrita original. La persona más destructiva es la que pretende ser un modelo de amor, rectitud y justicia, cuando en realidad no lo es. Y nadie puede serlo. Aunque la persona que supera a la hipócrita es la que yo denomino cínica, que sabe, por supuesto, que todos tenemos nuestras debilidades, pero que no desprecia a nadie por esa razón.

Un libro que ilustra cómo es la mente de un adorable cínico es *Recuerdos, sueños, pensamientos*, de C. G. Jung. Es la autobiografía de un hombre que fue un ser humano soberbio, en el sentido específico en que conocía muy bien sus limitaciones y se reía de ellas. Jung fue un hombre que supo cómo integrar los endiablados y compulsivos aspectos de su naturaleza.

En la esfera metafísica, el místico es aquel que siente que todo lo que sucede es de algún modo correcto, que de alguna manera es una parte integral y armoniosa del universo. Cuando trasladamos o traducimos esa idea a la esfera moral, la de la conducta humana, la introspección equivalente es: no hay sentimientos incorrectos. Puede haber acciones incorrectas, en el sentido de que hay acciones que van en contra de las normas de la conducta humana. Pero el modo en que sientes respecto a los demás —les amas, les odias, etc.— nunca es incorrecto. Es absurdo y falso intentar forzar tus sentimientos para que sean de otro modo.

La idea de que no existen sentimientos malos supone una gran amenaza para las personas que temen sentir. Este es uno de los problemas característicos de la cultura occidental: tenemos terror a nuestros sentimientos, porque tienen vida propia. Pensamos que si les hacemos la menor concesión, si no los aplastamos en seguida, nos conducirán a todo tipo de acciones caóticas y destructivas.

Es curioso que en nuestra cultura actual creamos eso, nosotros que realizamos más actos caóticos e imprudentes que ninguna otra cultura hasta ahora. Si en lugar de ello pudiéramos aceptar nuestros sentimientos y observar sus altibajos como algo tan bello, natural y necesario como los cambios climatológicos, el ciclo del día y la noche o las cuatro estaciones, estaríamos en paz con nosotros mismos. Porque lo más problemático para el occidental no son tanto sus luchas contra las otras personas, sus necesidades y problemas, como sus luchas contra sus propios sentimientos, contra lo que se va o no se va a permitir sentir. Se avergüenza de sentirse profundamente triste.

Llorar no es de hombres. Se siente avergonzado de aborrecer a alguien porque le han dicho que no tenía que odiar a nadie. Se avergüenza de rendirse ante la belleza —ya sea de un paisaje natural o de un miembro del sexo opuesto— porque rendirse significa estar fuera de control. A raíz de esta represión acaba perdiendo su salud mental. Siempre estamos fuera de control cuando no aceptamos nuestros sentimientos, cuando intentamos hacer que nuestra vida interior sea distinta de lo que es.

La cosa más liberadora que cualquier persona debería comprender es que los sentimientos internos nunca están equivocados. Puede que no sean una guía correcta para cómo debemos actuar. Si odias mucho a alguien, no necesariamente ha de ser correcto que le cortes el cuello. Pero sí es correcto tener el sentimiento de odio, pues cuando una persona se recobra a sí misma, es porque se ha reconciliado con sus sentimientos y esa es la única forma de controlarlos.

El marinero procura que el viento siempre esté dando a las velas. Tanto si quiere navegar con la corriente como contra ella, siempre utilizará el viento. Nunca niega al viento.

Del mismo modo, una persona ha de permanecer en contacto con sus sentimientos. Tanto si quiere actuar como sus sentimientos le están dictando como si no, tendrá que seguir con ellos, porque estos son su Yo esencial. Tan pronto como abandone sus sentimientos se habrá perdido a sí misma. Se convierte en una máscara hueca carente de vida. Todas sus declaraciones de amor y buena voluntad estarán vacías.

Si una mujer ha concebido un hijo por accidente puede que piense: «Yo no quiero este bebé, no quiero esta responsabilidad, pero no he de tener estos pensamientos. Todas las madres aman a sus bebés». Luego le dice a su hijo «te quiero». Pero su leche está agria y el bebé está confundido.

Sería mucho mejor si la madre le dijera a su bebé: «mira, eres un pesado y un estorbo; yo no quería tenerte». Entonces se comprenderían mejor. Todo quedaría claro. No habría confusiones y nadie se sentiría desorientado. Cuando crees que alguien es un pesado y un estorbo, y se lo dices, al cabo de un tiempo estarás preparado para desarrollar una especie de sentimiento cómico respecto a lo que consigue irritarte. Incluso puede que empieces a decirle «tú, viejo bastardo» con algo de afecto. Lo esencial es que, a través de la sinceridad, niño y adulto estén en contacto con sus verdaderos sentimientos y en lugar de negar una situación difícil, se enfrenten a ella e incluso puedan salir de la misma.

Lo que experimenta el místico en el estado mental místico es la divinidad, la gloria de todo lo que existe. Cuando aplicamos la visión mística a la esfera moral, son nuestros sentimientos genuinos los que son divinos y gloriosos. Por consiguiente, siempre se han de admitir los sentimientos genuinos, siempre se han de permitir. Quiero recalcar una vez más que esto no significa que siempre tengamos que actuar según nos marcan nuestros sentimientos, como matar a la persona que odiamos. Todo

lo contrario, el odio consciente no tiene por qué conducir a la violencia. De hecho, suele ser el odio inconsciente el que conduce a ella. Lo que estoy diciendo es que el reconocimiento y la aceptación de lo que sentimos de verdad es el equivalente moral de la visión mística de la divinidad de la existencia.

2. SOBRE SER DIOS

En el ámbito de la psicología, la psiquiatría y la psicoterapia occidentales y en el de las llamadas religiones de Asia existe un punto en común, porque ambas están interesadas en los cambiantes estados de la conciencia humana. Sin embargo, las religiones de Oriente Próximo que en Occidente se han convertido en instituciones —como el cristianismo, el judaísmo e incluso el islamismo— no están tan interesadas en este asunto. Las religiones occidentales están más preocupadas por la conducta, la doctrina y la creencia que por cualquier otra transformación que nos conduzca a ser conscientes de nosotros mismos y del mundo. Este asunto preocupa mucho a la psiquiatría y a la psicología. Sin embargo, esos estados de conciencia que no son normales, en la psicología suelen tratarlos como una enfermedad.

Como es natural hay excepciones a esta regla. En la obra de Jung, Grodock, Princehorn y algunos psicólogos modernos más como Rogers y Laing, la conciencia cambiante es considerada como una forma de terapia. Pero, en general, un estado de conciencia que difiera del normal es considerado como una enfermedad. Por consiguiente, la psiquiatría institucional se constituye a sí misma como la guardiana de la salud mental y de la experiencia de la realidad socialmente aprobada. Con frecuencia la realidad parece ser como vemos la desoladora mañana del lunes, y eso se ha convertido en la doctrina oficial —incluso diría que en un dogma— de lo que es la realidad. A fin de cuentas, sabemos que nuestra ciencia se funda en el naturalismo científico del siglo XIX y las suposiciones metafísicas y mitológicas de esa ciencia todavía influyen significativamente en el pensamiento psicológico. En el conductismo especialmente, aunque también en el psicoanálisis oficial, vemos que se hace hincapié en el modelo científico.

De hecho, podríamos decir que el psicoanálisis se basa en la mecánica newtoniana, y podríamos llamarlo psicohidráulica. Hay ciertos aspectos en los que nuestra vida psíquica manifiesta la dinámica del agua, pero, por supuesto, queremos saber si podemos confiar en el modelo. Para el naturalismo científico del siglo XIX, las energías básicas de la naturaleza eran consideradas como muy inferiores a la conciencia humana en cuanto a su calidad. El biólogo de aquella época pensaba en la energía del universo como si fuera una energía ciega. Así mismo, me parece que Freud pensó en la libido como en una energía en esencia indiferente e inconsciente que encamaba únicamente una especie de lujuria amorfa, desestructurada e insaciable.

Esta tendencia a observar todo lo que reside bajo la superficie de la conciencia humana como menos evolucionado, surgió de la influencia que ejerció en el pensamiento contemporáneo la ciencia de la biología: concretamente la teoría evolutiva de Darwin, en la que el ser humano es el desarrollo fortuito de formas de vida más primitivas. Este desarrollo se produjo por procesos puramente mecánicos,

por la selección natural y por la supervivencia de los más aptos.

En general el ser humano era visto como un accidente de la naturaleza y como la encarnación de la razón, la emoción y los valores hacia los cuales los procesos más básicos de la naturaleza no tenían demasiada simpatía y tampoco les preocupaban demasiado. Por lo tanto, si la raza humana ha de florecer, hemos de encargarnos de la evolución. Ya no podemos dejársela a los procesos espontáneos, sino que la ingenuidad humana la habrá de dirigir. Ahora bien, esto nos presenta un problema interesante, puesto que la mayoría de las personas no pueden considerar más de tres variables a la vez sin tener un lápiz entre las manos. Esta incapacidad demuestra que de muchas formas el proceso de escrutinio de la atención consciente del ser humano es bastante inadecuado para hacerse cargo de los infinitamente variados y multidimensionales procesos del universo natural. Se ha intentado seriamente controlar estos procesos y el naturalismo científico sitúa al ser humano en un lugar fantástico en su lucha contra la naturaleza. Toda esta noción de la conquista y subordinación de la naturaleza tiene orígenes antiguos no científicos. La idea de que el ser humano estaba a la cabeza de la naturaleza y la gobernaba se encuentra en la imagen occidental de Dios y se ha convertido en la explicación del dominio del ser humano. No obstante, ha llegado el momento en que nuestros intentos de someter a la naturaleza están dando resultados alarmantes. Vemos que es muy peligroso manejar procesos que no entendemos y que tienen un número de variables inmenso, y nos hemos empezado a preguntar si no hubiera sido mejor no interferir en ellos.

Aunque he dicho que la psicología occidental tiene más intereses en común con la religión oriental que con la religión occidental, en cierto modo la psiquiatría y la psicología se están convirtiendo en la religión de Occidente. El psicoanálisis tiene mucho en común con las formas y procedimientos de la religión institucional. Por ejemplo, en el psicoanálisis, al igual que en el cristianismo existe la sucesión apostólica, vemos una transmisión del poder cualificado para la práctica de la terapia, por parte del padre-fundador Sigmund Freud, y a través de sus apóstoles inmediatos, a una enorme compañía de arzobispos y obispos. Dentro de este grupo hay heresiarcas como Jung, Grodock, Rank y Reich, y estos son debidamente excomulgados y anatematizados. En el psicoanálisis hay rituales, al igual que en la religión. Está el sacramento del sofá y la disciplina espiritual de la libre asociación. Está el conocimiento místico de la interpretación de los sueños y también hay dos grandes fetiches: el largo y el redondo.

Es muy sencillo divertirse con todo esto. Sin embargo, no hemos de olvidar que tenemos una tremenda deuda con Freud por señalar que esa parte de nosotros mismos —de la que somos conscientes en términos del ego consciente— en realidad no somos realmente nosotros. Es algo superficial, y como quiera que definamos su naturaleza, las realidades de la vida humana no se encuentran bajo la mirada de su proceso de escrutinio, al menos no en su forma ordinaria. Eso fue una tremenda revelación. Pero vemos signos problemáticos cuando las doctrinas y procesos de

psiquiatría, psicoanálisis y demás, se vuelven oficiales. Thomas Szasz, en sus libros *The Myth of Mental Illness* y *The Manufacture of Madness*, señala algo que para nosotros es de extrema importancia: el terapeuta psicólogo se ha convertido en el sacerdote de hoy. Está empezando a ejercer el mismo tipo de control sobre la vida humana que ejerció la iglesia en la Edad Media. Hoy en día un profesor de psiquiatría de Columbia, Harvard o de la facultad de medicina de Yale disfruta del mismo tipo de respeto intelectual y autoridad que el profesor de teología de la universidad de Toledo o de Padua en el año 1400.

Hemos de pensar que los teólogos de aquellos tiempos creían ciegamente en su cosmología y su teología, del mismo modo que nuestros científicos actuales saben que algunas cosas son ciertas, a pesar del hecho de que suelen cambiar de opinión cuando las tienen entre manos. Sus ideas tienen la fuerza del dogma como vemos con el anatema contra Velikowsky por sus molestas ideas. Actualmente hay herejías que son perseguidas de la misma manera que otras fueron perseguidas por la Inquisición. Son perseguidas por el bien de todos, al igual que la Inquisición persiguió la herejía por su profunda preocupación por el bien de la humanidad.

Hoy en día nos cuesta entender esa forma de bondad. Pero si realmente crees que alguien que rechaza voluntariamente la fe católica será torturado durante toda la eternidad física y espiritualmente en el infierno, emplearás todos los medios para salvar a esa persona de su terrible destino, especialmente si la enfermedad de la herejía que padece es infecciosa.

Puede que primero intentes razonar con ella. Si no responde a razones, quizás probarás con insultos y con un argumento de peso. Si sigue sin responder, puede que le hagas un tratamiento de choque y le golpees. Si no funciona, puede que pruebes a retorcerle los pulgares con el potro o a cortarle la cabeza. Y si eso tampoco funcionara —en un intento desesperado— puede que la quemes en la hoguera con la piadosa esperanza de que en medio de esas abrasadoras llamas se lo pensará mejor y hará un último acto de perfecta contrición y será rescatada de la condena eterna. Harás todo eso con la actitud de que «esto me va a doler más a mí que a ti» y con el espíritu del cirujano que siente mucho que tengas que sufrir una operación muy dolorosa, pero es por tu propio bien y que, al menos, realmente tendrás un cincuenta por ciento de probabilidades de sobrevivir.

Del mismo modo, en nombre de la ciencia y de la medicina, las personas pueden verse desprovistas arbitrariamente de sus derechos civiles y sin que se haya seguido un proceso legal, ser encarceladas en instituciones, con frecuencia peores que prisiones, donde generalmente son abandonadas hasta pudrirse. Puede que sean rechazadas o que prescindan de ellas. Y si se empecinan se les aplica un tratamiento de choque o se las confina a un aislamiento. ¿Por qué? Porque tienen estados de conciencia no ortodoxos y heréticos.

La mayor parte de estas personas no son peligrosas hasta que se las provoca, no se las tiene en cuenta o se les da un tratamiento inhumano. Si te etiquetan como no

humano, poco puedes hacer al respecto, porque cualquier cosa que digas que parezca humana sonará como la expresión de una persona mecánica que imita al ser humano con una astucia lunática. Serás tratado con sospechas y todo lo que digas será escuchado de un modo diferente. Y te las verás y desearás intentando razonar para que te dejen salir, pues en realidad no hay reglas que puedas seguir para escapar de ser encarcelado por tener una conciencia no ortodoxa. No hay una vía clara para el arrepentimiento.

Igualmente, en las cárceles, las personas que están cumpliendo condenas de uno a diez años tienen ese desesperado sentimiento de que no hay salida. He visitado prisiones como la de Vacaville, California. Allí, los jóvenes venían a mí en un estado de total desesperación y me decían «No sé lo que me ha pasado. Quiero vivir como un ciudadano honrado. Sé que he hecho cosas malas, pero no sé qué se espera de mí aquí. Si trato de hacer lo que se supone que he de hacer, me dicen que soy dócil y eso parece ser una especie de enfermedad».

Thomas Szasz hizo hincapié en este tema cuando citó una discusión sobre los tipos de escolares que podrían necesitar terapia. Estos eran los que sobresalían en sus estudios y los que iban retrasados. Había niños que mostraban patrones erráticos y otros que eran debidamente mediocres. De hecho, a la conducta de cualquier tipo de niño se le puede dar un nombre de diagnóstico que suene a enfermedad. Tal como Jung dijo una vez: «La vida es una enfermedad en sí misma con una prognosis muy mala. Dura muchos años e inevitablemente termina con la muerte».

Con nuestro conocimiento actual de la mente humana, confiar el poder en manos de los psiquiatras es extraordinariamente peligroso. Creo que en la actualidad sabemos tanto de la mente humana como en el año 1300 sabían sobre nuestra galaxia. Aunque realmente haya personas capaces de ejercer la psicoterapia, es una pura arrogancia por parte de cualquier persona decir que se está cualificado para ello. No sabemos cómo se hace la psicoterapia, al igual que no sabemos cómo se alcanza el talento musical, artístico o literario. Puedes poner los medios en manos de esas personas para que hagan esas cosas, pero no podemos predecir si los emplearán con genio.

Este es el verdadero arte de la psicoterapia. En realidad no puedes enseñarlo y no sabemos cómo se hace; solo tenemos una vaga idea. Probablemente haya algunas personas que, por su estado mental, no estén cualificadas para practicar la psicoterapia porque intentan enloquecer a los demás. Pero decir que hay ciertas normas y exámenes que se pueden aprobar y que se den diplomas que acrediten a esas personas cualificadas para hacer ese trabajo es un disparate. Las credenciales las emplean aquellos que se consideran terapeutas oficiales en beneficio de sus propios bolsillos. Es una forma de desarmar a la competencia.

En la religión existe el mismo tipo de interés egocéntrico. Hace algunos años, estaba mirando unos libros en una librería de Tailandia. Vi un libro que trataba de un tipo de meditación budista y murmuré «Hum, *satipatthana*», que es el nombre de una

clase de meditación.

De repente, una voz dijo:

—¿Practicas *satipatthana*?

Miré hacia arriba y vi a un escuálido monje budista, vestido con hábito amarillo y con unos ojos bastante rojos que me miraban.

—No es *satipatthana* exactamente —respondí. Practico un método distinto que se denomina zen.

—¡Oh, *satipatthana*, no zen!

—Bueno, son algo parecido, ¿verdad? —le dije.

—No.

—Bueno, se parece más al yoga —respondí—. ¿No es así?

—No, yoga no. *Satipatthana* diferente. La única buena.

—Bueno, verás —le dije yo—. Tengo muchos amigos católicos apostólicos romanos que me dicen que su vía es la única verdadera. ¿A quién he de creer? Eres como alguien que tiene un transbordador para cruzar el río y más abajo otra persona ha abierto una compañía de transbordadores. Recurres a la ley porque es tu competencia y dices: «No está autorizado para conducir un transbordador». Todo lo contrario, deja que todo el que quiera lleve un transbordador. Y si no tienes la sensatez de saltar del que está naufragando, es tu problema.

Es interesante que la psiquiatría oficial tenga curiosos puntos en común con la religión occidental, así como con las filosofías orientales. Es como el pensamiento oriental en la medida en que se interesa por los estados de conciencia, aunque se inclina por considerar como una enfermedad los que no son ordinarios. Pero también tiene una característica muy importante en común con la religión occidental, y para comprenderla hemos de profundizar un poco más en la historia religiosa de Occidente y preguntarnos cuál es la mayor herejía en la religión occidental, especialmente en la cristiana, aunque también en el judaísmo.

Curiosamente, la mayor herejía fue cometida nada menos que por el propio Jesucristo, que se consideraba a sí mismo Dios. Este hecho es incuestionablemente cierto si se cree que el evangelio de san Juan tiene validez histórica. Este tema es algo más vago en los Evangelios sinópticos, pero si lees el evangelio de san Juan, no hay duda alguna al respecto. Jesús dijo: «Yo y el Padre somos uno. El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. Yo era antes que Abraham. Yo soy el camino, la verdad y la luz. Yo soy la resurrección y la vida». Según este evangelio, él dijo todo esto y eso es algo que en el mundo occidental no se puede decir. Pero lo que es aún más importante, se supone que no has de creerlo, y como es natural eso fue muy difícil para Jesús porque lo estaba diciendo en el contexto de la cultura hebrea. Intento buscar palabras en las escrituras hebreas para expresar este estado de conciencia. Él tenía un estado de conciencia inusual que yo denominaría conciencia cósmica, conocido de otro modo como experiencia mística, y en Oriente como *moksha*, *nirvana*, *bodhi* y *satori*.

Llámalo como quieras, hay personas que han tenido este despertar, ha sucedido

desde los albores de la humanidad. Tiene lugar en las culturas de todo el mundo y no sabemos demasiado al respecto. No sabemos cómo hacer que suceda, porque parece llegar como por sorpresa. Pero de lo que no cabe duda es de que sucede y que la mayoría de las personas no dicen nada cuando les pasa.

Tenía un amigo que durante un ataque de apoplejía tuvo una iluminación. Después, me dijo: «Tenía miedo de hablar de esto con mis amigos, pero fue la experiencia más maravillosa que he tenido. Nunca más volveré a temer a la muerte. De hecho, recomiendo a todo el mundo tener un ataque de apoplejía». Este era mi amigo Jean Yarda, el recientemente fallecido pintor griego.

Jesús, sin duda, experimentó esta transformación de la conciencia y fue crucificado por ello, porque cometió un acto de insubordinación y traicionó el gobierno cósmico, tal como se entendía popularmente en aquellos tiempos. Pues si crees que Dios es una autoridad absoluta, omnisciente y omnipotente —una especie de ego cósmico—, entonces reivindicar que se tiene ese mismo poder es introducir la democracia en el Reino de los Cielos. Hacer eso es usurpar la autoridad divina y hablar en su nombre sin la debida autorización. Los discípulos preguntaron a Jesús: «¿Con qué autoridad hablas, con la de los cielos o con la de los hombres?». Jesús respondió astutamente: «¿con qué autoridad habló san Juan Bautista?». Les resultaba un poco molesto responder a esta pregunta. También les podía haber preguntado ¿con qué autoridad habló Isaías o Moisés?

Por supuesto, Moisés se convirtió en una autoridad oficial, y si pudieras hacértelo venir bien dirías que tus palabras simplemente son la extensión de lo que dijo Moisés, porque el rabino tal dijo que lo había dicho el rabino cual y este dijo que lo había dicho Moisés. Si lo dijeras así, no habría problema.

Hoy en día para ser considerado una autoridad en el mundo académico necesitas documentación. No basta con decir «porque te lo digo yo». Has de poner pies de página y cuantos más mejor, más autoridad demuestras tener sobre el tema. De modo que nuestras disertaciones suelen ser libros sobre otros libros y nuestras bibliotecas se multiplican por mitosis.

Pero cuando alguien habla como una autoridad, eso realmente significa hacerlo como un autor. Significa que es una afirmación de la que eres autor y, por consiguiente, asumes la responsabilidad sobre ella. De modo que hablar con autoridad es ser original —no aberrante—, hablar desde el origen. Eso es lo que quieren decir los cristianos cuando dicen que hablan en el espíritu. Es hacer que tu habla esté poseída por el Espíritu Santo, tal como creían que lo estaba la de Jesús.

Así el evangelio de Jesús, que por supuesto fue silenciado desde el principio, era sencillamente: «¡Despertad todos y descubrid quiénes sois!». Una vez más, en el evangelio de san Juan, Jesús —señalando a sus discípulos— les dijo que ellos también podrían ser uno «incluso vosotros, el Padre y yo, somos uno». Así cuando fue acusado de blasfemia y los judíos tomaron piedras para lapidarle, dijo:

—Muchas buenas obras os he mostrado del Padre, ¿por cuál de ellas me lapidáis?

Estos respondieron:

—No te lapidamos por las buenas obras sino por blasfemia, porque tú, siendo un hombre, dices ser Dios.

Ahora viene la respuesta:

—¿No está escrito en vuestra ley «He dicho que todos sois Dios»? Y si eso es lo que dice la escritura, no se puede negar. Así que ¿por qué me decís que blasfemo cuando digo que yo soy el hijo de Dios? Como es natural no hubo respuesta.

En la traducción de la Biblia del rey Jaime[4] no se dice: *Yo soy un hijo de Dios*. Dice: *Yo soy* el *hijo de Dios*. Al ver el texto en cursiva puedes pensar que lo he puesto así para poner más énfasis, si no caes en la cuenta de que la cursiva en la Biblia del rey Jaime son interpolaciones de los traductores. En griego omitir un artículo definido equivale a utilizar el artículo indefinido. De modo que «Hijo de» en hebreo y en árabe significa «de la naturaleza de». Cuando llamamos a alguien «hijo de perra» queremos decir que es una mala pieza. Así que cuando llamamos a alguien «Hijo de Dios», queremos decir que es divino o que es de la naturaleza de Dios. Tal como lo definió posteriormente el Credo de Nicea: «Él es de la misma substancia que el Padre».

Las palabras de Jesús eran blasfemias para los judíos y también lo fueron para los cristianos. Sencillamente no estaba bien que otra persona que no fuera Jesús dijera eso. Ellos dijeron: «Está bien. Ese era tu caso, pero ¡ya basta! Ya no habrá más de esto». A raíz de esta distinción, a Jesús se le restó importancia poniéndolo en un pedestal. Se le empujó hacia arriba, a pesar de que había dicho: «obras más grandes que estas que yo hago haréis vosotros». Fue hacia arriba en su caso, porque nosotros no podemos permitir que esto siga sucediendo en un universo monárquico. No vamos a tener democracia en el Reino de los Cielos. Esta es la razón por la que el evangelio es imposible, porque se supone que hemos de seguir el ejemplo de Cristo cuando dice: «no os preocupéis por el mañana». No os preocupéis por lo que vais a comer, por lo que vais a beber, por las ropas que llevaréis. Dios cuidará de vosotros. ¿No cuida acaso de los pájaros? ¿No crecen las flores en un maravilloso desorden? Esto es fantástico, ¿por qué te preocupas? Pero nunca he oído un sermón en el que se cite este pasaje, porque es totalmente subversivo. Si la gente lo siguiera, la economía se derrumbaría.

En su lugar, los dirigentes religiosos han dicho: «¡oh, sí, todo esto está muy bien, pero él era el hijo del jefe!». Tenía esa colosal ventaja, así que toma tu propia cruz y síguele.

Pero ¡espera un momento! Nosotros no sabemos si vamos a resucitar tres días después y no podemos realizar todos esos milagros. Él nos llevaba una injusta ventaja, ¿cómo pueden pedirnos que sigamos el ejemplo de Cristo?

Por otra parte, supongamos que realmente quisiera decir lo que dijo y que no tuviera una injusta ventaja. Supongamos que lo que era cierto para Jesús como el Hijo de Dios también lo fuera para nosotros. Solo unos pocos lo sabemos y nos guardamos

bien de pregonarlo, no sea cosa que nos pase como a Jesús, y de hecho, a menudo es así.

Esporádicamente, alguien del círculo de la biblia —que nunca ha oído hablar de las *Upanishads*— tiene esta experiencia de conciencia cósmica. Se da cuenta de que eso es lo que le sucedió a Jesús y dice:

—Yo también soy Jesús.

Entonces todo el mundo le dice:

—Tú no eres Jesús. Es bastante evidente que no es así. No eres más que un don nadie.

A lo cual puede que él responda:

—Bueno, eso es lo que dijeron de Jesús.

Tiene un argumento perfecto, salvo que ellos le digan:

—Si eres Jesús, transforma estas piedras en pan.

A lo que podría responder:

—Una malvada y engañosa generación buscará una señal y no habrá ninguna.

¿Por qué es importante esto? ¿Es importante para el ser humano darse cuenta de que, en algún sentido de la palabra —sea el que fuere—, es Dios o es uno con Dios, tal como enseñan llanamente los hindúes e insinúan los budistas? Obsérvese que a los budistas no les gusta expresar esta realización como un concepto porque la gente tiende a usarlo como un ídolo al que aferrarse. Los budistas quieren que lo descubras por ti mismo y no que simplemente creas en ello. Sin duda los taoístas también lo comprenden, al igual que los sufíes. Mucha gente lo entiende. ¿Y qué?

La importancia de este reconocimiento es la siguiente: saber que eres Dios es otra forma de decir que te sientes uno con este universo, que te sientes profundamente arraigado y conectado con él. En otras palabras, sientes que toda la energía que se manifiesta en las galaxias —sea cual fuere— es algo muy íntimo. No es algo extraño para ti. Es eso con lo que estás íntimamente ligado en tu vista, en tu oído, en tu habla, en tu pensamiento y en tu movimiento. En todo esto manifiestas lo que mueve al Sol y a los otros astros.

Si no sabes que eres Dios, te sientes como un extraño. Te sientes como un forastero en el mundo. Y si te sientes de ese modo, te vuelves agresivo. Puede que empieces a destruir el mundo y que intentes someterlo a tu voluntad. Ecológicamente te conviertes en un verdadero problema.

Otra razón por la que puedes volverte hostil es que sientas que sencillamente te trajeron a este lugar, que tu padre y tu madre estaban pasándoselo bien y que tú no pediste venir aquí. Si piensas de este modo siempre creerás que puedes dirigirte a ellos y culparles. Siempre puedes culpar a alguien. Puedes culpar al estado. Puedes culpar a los bribones. Puedes culpar a los estafadores. Por supuesto, para culpar a los demás has de pensar que tú no eres un bribón de esa calaña y ¿qué posibilidades hay de que no sea así?

Pero siempre puedes culpar a alguien y decir: «Yo no pedí la vida. Llévatela». Sin

embargo, muy pocas personas están verdaderamente dispuestas a que se la quiten.

Camus dijo una vez: «El único problema filosófico serio es saber si deberíamos suicidarnos». Si optas por no suicidarte, ¿qué vas a hacer? Has decidido vivir y has de asumir la responsabilidad de hacerlo. Has de decir «sí» a lo que venga. Ese es tu *karma*.

Abundan las malas interpretaciones populares respecto a la doctrina del *karma*. Se suele entender como que eso que te sucede, ya sea afortunado o desafortunado, es el resultado de las acciones buenas o malas que cometiste en vidas anteriores o en algún momento de tu vida actual. Pero eso es una superstición popular. En sánscrito, *karma* sencillamente significa «hacer». Si yo digo que algo es «tu *karma*», estoy diciendo que es «tu acción». De modo que un libro que exponga el *karma* no tratará «sobre quién hace» sino «sobre lo que tú haces». Pero eso nos parece imposible porque todavía nos sentimos muy incómodos con la idea de que somos las obras, eso es todo.

3. ¿QUÉ ES LA REALIDAD?

Me pregunto si alguna vez has pensado en lo curioso que es que veamos casi todas las cosas que experimentamos como algo que nos sucede, como algo no originado por nosotros, como la expresión de un poder o una actividad externa a nosotros. Si consideramos las implicaciones que tiene esto nos daremos cuenta de que lo que entendemos como nuestro Yo queda estrechamente limitado. Incluso los acontecimientos que tienen lugar dentro de nuestro cuerpo también los ponemos dentro de esa misma categoría, como acciones que suceden dentro de nuestra piel. Un rayo o un terremoto, por ejemplo, ocurren a nuestro alrededor, evidentemente no somos responsables de ellos. Del mismo modo, también creemos que el hipo y los ruidos intestinales nos ocurren. No somos responsables de ellos. Y en cuanto al catastrófico hecho de haber nacido, tampoco tenemos nada que ver. Así podemos pasarnos la vida culpando a nuestros padres por ponernos en la situación en la que nos encontramos.

Esta forma de ver el mundo —con una actitud pasiva— impregna nuestro sentimiento general respecto a la vida. Como occidentales estamos acostumbrados a ver la existencia humana como un acontecimiento precario que tiene lugar en el cosmos que, por lo general, está totalmente desconectado y ajeno a nuestra existencia. Hemos sido criados en el seno de un sentido común de principios del siglo XX, basado en la filosofía de la ciencia del siglo XIX, que rechazaba el cristianismo y el judaísmo. Por consiguiente tendemos a consideramos accidentes biológicos de un universo estúpido y mecánico carente de sentimientos más sutiles y que no es más que una inmensa masa de rocas y gases radiactivos que giran sin rumbo.

Por otra parte —si tenemos una visión más tradicional— nos vemos como hijos de Dios y, por consiguiente, bajo la autoridad divina. Creemos que hay un gran jefe encima del universo que nos ha permitido, por antojo, tener el descaro de existir. Así que es mejor que tengamos mucho cuidado porque el jefe siempre está dispuesto a castigarnos con la actitud de «esto me va a doler a mí más que a ti».

Cuando adoptamos una de estas visiones del mundo —la científica o la tradicional—, estamos definiéndolo como algo a lo que no pertenecemos realmente. En realidad no formamos parte de él. Utilizaría una palabra más fuerte que «parte» pero en inglés no tenemos ninguna. Diría algo así como «conectado con» o «esencial para».

Para el mundo occidental es bastante extraño concebir que el mundo exterior —que es definido como algo que nos sucede— y nuestros cuerpos son una misma cosa, porque tenemos una visión miope de lo que somos. Es como si hubiéramos limitado arbitrariamente cuánto de nosotros mismos consideramos nuestro. Es como si hubiéramos centrado nuestra atención en ciertas áreas restringidas del panorama global de las cosas que somos y hubiéramos dicho: «Aceptaré solo esa parte de mí y

me pondré en contra del resto».

Esto conduce a un principio muy importante, que se puede ilustrar con el hecho de que vemos la misma cosa de formas distintas cuando la observamos con distintas lentes de aumento. Es decir, cuando miramos algo con un microscopio, lo vemos de una forma, cuando lo miramos con el ojo desnudo, lo vemos de otra, cuando lo miramos con un telescopio, lo vemos de otro modo distinto.

¿Qué grado de aumento es el correcto? Evidentemente, todos lo son. Cuando miras una foto en un periódico, puede que veas un rostro humano. Mírala con una lupa y no verás más que una masa de puntos esparcidos arbitrariamente. Aléjate de los puntos —que parecen separarse entre ellos— y de pronto volverán a organizarse en una forma. Esos puntos individuales forman algo que tiene sentido.

Así mismo, si tenemos una visión miope de nosotros mismos —como nos sucede a la mayoría—, puede que pasemos por alto un aspecto más amplio que no es aparente para nuestra conciencia miope ordinaria.

Cuando examinamos nuestro torrente sanguíneo en el microscopio vemos que en él tiene lugar una tremenda lucha. Todo tipo de microorganismos se devoran entre sí. Si nos involucráramos más en esa visión de la circulación de la sangre, puede que hasta tomáramos partido en la batalla, lo cual sería fatal para nosotros. La salud de nuestro organismo depende de la continuidad de esa lucha. Es decir, lo que parece un conflicto en un grado de aumento, en otro es armonía.

Teniendo en cuenta esto, ¿sería posible que nosotros —con todos nuestros problemas, guerras y torturas— estuviéramos realmente en un estado de armonía? Bueno, se dice que algunos seres humanos han alcanzado justamente esa visión. De algún modo han llegado a un estado de conciencia en que pueden ver la aparente desintegración y desorganización de la vida cotidiana como el funcionamiento perfectamente armonioso de una totalidad mayor.

Esta visión depende de superar la ilusión de que el espacio separa las cosas. En otras palabras, tu cuerpo y el mío, nuestro nacimiento y muerte, y los nacimientos de otros tras nuestra muerte, son acontecimientos con intervalos entre ellos. Normalmente, los contemplamos en el tiempo y en el espacio como si no tuvieran importancia ni función. Nos inclinamos a pensar que el universo consta solo de estrellas y galaxias. Esto es lo que percibimos. El espacio donde se encuentran no cuenta, es como si no estuviera allí.

Hemos de ser conscientes de que ese espacio es una función esencial de las cosas que se encuentran en él. A fin de cuentas, no pueden existir astros separados, a menos que haya un espacio que los separe. Elimina el espacio y no habrá astros, y viceversa. No podría haber espacio en ningún sentido si no hubiera cuerpos físicos en él. De modo que los cuerpos en el espacio y el espacio que los rodea son dos aspectos de un mismo continuo. Se relacionan exactamente de la misma manera que delante y detrás. No puedes tener lo uno sin lo otro. En el momento en que seas consciente de que los intervalos en el espacio y el tiempo son conectivos, comprenderás que no puedes ser

definido exclusivamente como un destello de conciencia que tiene lugar entre dos oscuridades eternas. Este es el actual punto de vista del sentido común que los occidentales tenemos sobre nuestras vidas. Creemos que en la oscuridad que reina antes de nuestro nacimiento no somos nada, y que en la oscuridad eterna que seguirá a nuestra muerte volveremos a no ser nada.

Voy a hablar de estos asuntos sin recurrir a ningún conocimiento especial que pueda provocar miedo, como si hubiera estado viajando por un plano superior y recordara mis encarnaciones anteriores y por lo tanto pudiera decir con autoridad que eres mucho más que tu aislada individualidad. Voy a basar mi argumentación en el sentido común y en los hechos a los que todo el mundo tiene acceso.

En primer lugar, has de darte cuenta de que la vida es un patrón extraordinariamente complejo. Por ejemplo, ¿qué es el cuerpo? El cuerpo es algo reconocible. Reconoces a tus amigos cuando les ves. Aunque cada vez que les veas sean totalmente distintos de como eran. No son constantes, como la llama de una vela tampoco lo es.

Sabemos que la llama de una vela es una corriente de gas caliente, pero seguimos diciendo «la llama de una vela» como si fuera algo constante. Lo hacemos porque la llama tiene un patrón constante y reconocible. La forma de lanza de la llama y su color forman un patrón constante. De la misma manera nosotros somos patrones constantes. Eso es todo lo que somos. Lo único constante en nosotros es nuestro *hacer* —el modo en que danzamos—, no nuestro ser. Salvo que no hay un *yo* que dance. Solo hay la danza, al igual que la llama es la corriente de gas caliente. Como el remolino de un río es un remolino de agua. No meramente un remolino. Solo hay algo que está formando el remolino. Del mismo modo, todos nosotros somos una deliciosa y compleja ondulación de energía de todo el universo. Solo mediante el proceso de deseducación hemos sido privados de ese conocimiento.

No se puede culpar a nadie de esto, porque esta deseducación siempre se realiza con nuestro tácito consentimiento. La vida es básicamente un juego del escondite. La vida es como una pulsación, se palpa y no se palpa. Aparece y desaparece. Por medio de esta pulsación sabemos que existe la vida. Del mismo modo que sabemos lo que queremos decir con *on* (conectado), porque sabemos lo que queremos decir con *off* (desconectado). Esta es la razón por la que, cuando queremos despertar a alguien, llamamos a su puerta. Mantenemos la pulsación del repiqueteo porque ese golpe y esa pausa llaman la atención.

La vida es esta oscilante irregularidad. Existen muchos ritmos diferentes. Hay oscilaciones rápidas, como la reacción de los ojos ante la luz. Si movemos un cigarrillo encendido en la oscuridad y describimos un círculo con él, veremos ese círculo en el aire, porque en nuestra retina perdura la imagen de la brasa. Perdura de la misma forma que lo hace la imagen en la pantalla de un radar hasta que se produce otro barrido de la antena.

El ojo ve continuidad entre los acontecimientos separados. Los impulsos muy

rápidos se perciben como formas constantes. Vemos los impulsos rápidos como cosas sólidas. Cuando giran las aspas de una hélice o de un ventilador eléctrico, las aspas separadas se convierten en un disco sólido y no puedes hacer pasar nada a través de ellas. No puedes atravesar una roca con el dedo, aunque en su mayor parte sea espacio vacío. Los átomos se mueven demasiado deprisa. Esta es la explicación del fenómeno de la dureza. La dureza es por naturaleza una inmensa cantidad de energía que actúa en un espacio muy concentrado y restringido, y esa es la razón por la que no podemos atravesar con el dedo algo que es duro.

Junto con estos ritmos diminutos y rápidos, que dan la impresión de continuidad, también existen en este universo ritmos tremendamente lentos. A nosotros nos cuesta mucho percibirlos. Uno de esos ritmos tan lentos que nos impresiona y deprime es el de nuestra propia vida y muerte, nuestro ir y venir. Este ritmo es tan lento que no podemos creer que sea realmente un ritmo. Pensamos en nuestro nacimiento como algo bastante único que no puede repetirse. Pero eso es solo porque estamos demasiado cerca del mismo, y porque la pulsación de nuestra vida es muy lenta.

Según este punto de vista, como dijo Marshall McLuhan, es como si «condujéramos mirando por el retrovisor». Esto significa que el entorno en el que creemos que existe nuestro Yo siempre es el pasado. No es donde nos encontramos realmente.

El proceso de crecimiento, que es un proceso básico de la biología, es del tipo en que las órdenes inferiores son sustituidas por las superiores. La orden inferior nunca puede —o rara vez— comprender la naturaleza de la orden superior que la está reemplazando. Por lo tanto, las órdenes inferiores pueden ver a las superiores como terribles amenazas, como desastres totales, como el fin del mundo. Nunca podemos saber realmente qué vendrá después. Si lo supiéramos no podríamos asirlo porque ya habría pasado. Cualquier acontecimiento futuro que conozcamos es aquel del que podemos decir «ya lo hemos vivido». En ese sentido es pasado.

Cuando jugamos un juego como el ajedrez y el resultado de la partida es previsible, la abandonamos y empezamos otra nueva. Porque la gracia está en no saber lo que va a pasar. El universo es un juego del escondite. La clave de ese juego tal como la entienden los hindúes es que no sabemos cuál va a ser la siguiente orden. Pero de lo que sí podemos estar seguros es de que habrá alguna y de que nos implicará a nosotros.

Actualmente estamos en un momento de nuestra historia que lo contemplamos como el principio de una gran cuenta atrás para el final de la raza humana. En esta era atómica nos enfrentamos a la aterradora posibilidad de aniquilar nuestro planeta y convertirlo en un montón de cenizas.

Imagina que sabes cuándo va a ser exactamente el fin del mundo. Cuentas hacia atrás para la explosión final. Siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno. De pronto se produce un gran estallido y lo reconoces. ¿Dónde lo has oído antes? En la orilla del mar, escuchando las olas que van y vienen.

No nos detenemos a pensar que nosotros también somos olas que van y vienen. Pero eso es lo que son todas las cosas en este universo. Cuando una ola se eleva mucho y se hace demasiado grande, se rompe y salpica. Así es como somos nosotros. Es muy importante que nos demos cuenta de que a veces somos como una ola que rompe, por eso cuando suceda no hemos de asustarnos. El que apriete el botón del fin del mundo será una persona que tenga pánico. Pero si se da cuenta de que las olas rompen y de que en realidad no importa que toda la raza humana desaparezca, quizás exista la posibilidad de que no lo apriete. Es la única oportunidad que tenemos para evitar hacer esto que tanto nos atrae, como una especie de vértigo. Igual que una persona que está al borde del precipicio se siente atraída a lanzarse al vacío. Como un paracaidista se olvida a veces de tirar de la anilla del paracaídas, porque queda hipnotizado por su meta, eso se denomina fascinación por la meta. Sencillamente se dirige a ella sin más.

Nosotros también podemos quedarnos totalmente fascinados ante el desastre y la muerte. Esta es la razón por la que todas las noticias de los periódicos son invariablemente malas. No hay buenas noticias en los diarios. La gente no compraría un periódico que solo tuviera buenas noticias.

Nuestra fascinación por la muerte se podría neutralizar si fuéramos conscientes de que cada nueva muerte no es más que otra fluctuación en la vasta, maravillosa e interminable cadena de nuestros propios yoes y nuestra propia energía.

Nuestro problema es que debido a nuestra miopía —al modo en que enfocamos nuestra conciencia en cierta pequeña área de experiencia a la que voluntariamente denominamos acción—, pensamos que no somos más que eso y que todo lo demás sencillamente nos sucede. Pero esto es absurdo. Toma un giroscopio. Cuando lo tengas en la mano observarás que tiene una cierta vitalidad. Parece que se te resiste. Empieza empujándote de una forma, como si fuera un animal vivo que estuvieras sosteniendo en tu mano. Agarra un hámster o un conejillo de Indias y verás como siempre intentan escapar. El giroscopio también parece que se quiera escapar.

Del mismo modo, lo que estás experimentando continuamente en tu vida son todo tipo de cosas que están fuera de tu control y que hacen cosas que no esperas. Es como si algo estuviera intentando escapar de tu presa. Pero si no lo agarras con fuerza, descubrirás que eso que estás sintiendo, que sientes como el giroscopio, es tu propia vida.

No puedes comprender la experiencia que denominas acción voluntaria, decisión, tener el control o ser tú mismo, a menos que haya algo que le ofrezca resistencia. No podrías percibir cosas como el Yo, el control y la voluntad si no hubiera algo más que estuviera fuera de control, algo que, en lugar de ser, no fuera. Son estos dos opuestos los que producen esta sensación que denominamos tener una identidad personal.

Hay un aspecto curioso en lo que respecta a la conciencia humana que la psicología Gestalt ha desarrollado cuidadosamente. Es que nuestra atención queda atrapada por la figura, no por el fondo, por la zona relativamente cerrada en lugar de

por la que está difusa, por lo que se mueve, más que por lo que está estático. A todos los fenómenos que atraen nuestra atención de este modo les atribuimos un grado de realidad más alto que a las cosas que no percibimos.

La conciencia es un radar que está explorando el espacio en busca de problemas, del mismo modo que el radar de un barco busca rocas u otros barcos. Por consiguiente, el radar no detecta las vastas áreas de espacio donde no hay rocas ni barcos, del mismo modo que nuestros ojos, o más bien la conciencia bastante selectiva que hay tras ellos, solo prestan atención a lo que consideran importante.

Mientras hablo, soy consciente de todos los que estáis en esta sala, de todos los detalles de vuestras ropas, de vuestras caras, etc. Pero no estoy observándolos y mañana no podré recordar exactamente qué aspecto teníais hoy. Lo que percibo se restringe a las cosas que considero importantes.

Si observo a una persona especialmente atractiva en la audiencia, entonces seguro que la recordaré, puede que hasta me fije en cómo iba vestida. Pero, en general, lo exploramos todo, aunque solo prestamos atención a lo que nuestro conjunto de valores nos dice que lo hagamos. Es evidente que cada uno de nosotros como individuos completos somos mucho más que este sistema de exploración y como tales nos relacionamos con el mundo exterior, que en general es increíblemente armonioso.

Si volvemos a la idea de que el cuerpo vivo es como la llama de una vela, podemos decir que las energías de la vida —en forma de temperatura, luz, aire, comida y demás— nos están recorriendo en este momento de la forma más armoniosa y magnífica posible. Todos nosotros somos mucho más bellos que cualquier llama, solo que estamos tan acostumbrados a nuestra armonía y belleza que decimos: «¿Y qué? Enséñame algo más interesante. Enséñame algo nuevo». Pasar por alto los estímulos constantes es una característica de la conciencia. Cuando algo es constante, la conciencia dice: «Está bien, es seguro. Ya está en el bote. Ya no tengo que prestarle más atención». Y por lo tanto, eliminamos sistemáticamente de nuestra conciencia todas las cosas maravillosas que están sucediendo constantemente y en su lugar nos centramos en todas las cosas desagradables que nos molestan.

El problema es que le damos demasiada importancia. Debido a ello, identificamos nuestro propio yo —nuestro ego— con el radar, con el mediador, cuando el mediador no es más que un diminuto fragmento de la totalidad de nuestro ser.

Ahora bien, si eres consciente de que no eres simplemente ese mecanismo de exploración, de que eres un organismo completo, entonces serás consciente de que tu organismo no es lo que pensabas que era cuando lo contemplabas desde la perspectiva de la atención consciente o desde el punto de vista del ego. Desde la perspectiva del ego tu organismo es como un vehículo, un automóvil con el que te puedes desplazar. Desde un punto de vista físico, tu organismo es como la llama de una vela o un remolino. Forma parte del patrón de actividad continua de todo el universo.

La idea clave aquí es la de patrón.

Voy a tomar prestada una metáfora del arquitecto Buckminster Fuller. Imaginemos que tenemos una cuerda con muchas secciones. La primera está hecha de cáñamo de Manila, la siguiente de algodón, la otra de seda, la siguiente de nailon, etc. Hacemos un nudo ordinario en un extremo de esta cuerda. Si colocamos nuestro dedo dentro del nudo podremos desplazarlo a lo largo de toda la cuerda. A medida que el nudo se desplaza, al principio está hecho de cáñamo de Manila, luego de algodón, después de seda, de nailon y así sucesivamente. Pero el nudo seguirá siendo un nudo. Esta es la integridad del patrón, de todos los patrones, incluyendo el patrón continuo que somos nosotros.

Puede que seas vegetariano durante varios años y que luego vuelvas a comer carne. De cualquier modo, tu constitución cambia continuamente. Pero tus amigos siguen reconociéndote, porque todavía te sigues presentando de la misma manera, todavía eres el mismo patrón. Eso es lo que te hace reconocible como individuo.

Sin embargo, la propia estructura del lenguaje que hablamos nos confunde para poder comprender esto. Cuando vemos un patrón preguntamos: «¿de qué está hecho?». Vemos una mesa y preguntamos si está hecha de madera o de aluminio. Pero cuando preguntamos de qué madera está hecha y en qué se diferencia del aluminio, la única respuesta que pueden dar los científicos es que son dos patrones distintos. Es decir, las estructuras moleculares de ambas materias son diferentes. Una estructura molecular no es una descripción de lo que está hecho algo, sino de la danza o de la sinfonía que está interpretando.

Todos los fenómenos de la vida son musicales. El oro se diferencia del plomo de la misma manera exactamente en que un vals lo hace de una mazurca. Hay diferentes tipos de bailes y no hay *nada* que baile. La creencia de que hay algo que baila es un engaño en el que caemos debido al lenguaje. Este tiene nombres y verbos, y estos últimos se supone que han de describir las acciones de los primeros. Pero eso no es más que una convención del habla. Un lenguaje podría estar compuesto solo por verbos. En realidad no necesitamos los nombres. También podríamos tener un lenguaje formado únicamente por nombres, sin verbos, y describiría adecuadamente lo que está sucediendo en el mundo.

Si tuviéramos que hablar un idioma compuesto únicamente por una parte del habla, podríamos decir casi lo mismo que con las dos partes de ella y resultaría mucho más claro. Al principio sonaría extraño, pero pronto nos acostumbraríamos a él. Cuando lo hiciéramos, sería una cuestión de sentido común darnos cuenta de que el patrón del mundo no es el resultado de algo que lo está creando y que no hay una substancia subyacente a todas las cosas. Sencillamente patrones.

La existencia, para una persona que esté realmente despierta, no implica ser una pequeña criatura impotente enfrentada a un gran mundo externo que le ruge y la devora. Toda pequeña cosa que llega a existir, cada diminuta mosca de la fruta, mosquito o bacteria es un acontecimiento del que depende todo el cosmos.

Esta dependencia es bidireccional. Cada pequeño organismo depende de todo su entorno para sobrevivir y el entorno depende de la existencia de cada uno de esos pequeños organismos. Por consiguiente, podríamos decir que este universo consiste en una organización de patrones en la que todo patrón es esencial para la existencia del resto.

No obstante, descartamos esta idea de nuestra conciencia, al igual que descartamos el hecho de que el espacio es una realidad importante. Prestamos atención a la figura y pasamos por alto el fondo. Así creemos que los organismos son muy frágiles y el entorno muy fuerte. El entorno dura mucho tiempo, mientras que los organismos no.

Pero ¿en qué consiste el organismo? Solo en un montón de pequeñas cosas. El entorno existe del mismo modo que un rostro en la fotografía de un periódico. Cuando te alejas lo suficiente de los diminutos puntos que forman la foto, puedes ver la cara. Del mismo modo, cuando te alejas lo bastante de todos los organismos y de los pedacitos de materia —cuando cambias la escala de aumento— puedes ver el entorno.

Todo el entorno está organizado en un sistema de polaridades, en el que lo enorme depende de lo diminuto y a la inversa. Existe una relación entre esos extremos que se puede denominar transacción, parecida a una transacción financiera. Es imposible conseguir una compra sin que haya una venta, ni una venta sin que exista una compra. Siempre van unidas. Por supuesto, la persona que está interesada en comprar suele pensar más en comprar que en vender. Si no piensa en el mecanismo que la otra persona está utilizando para vender, va a hacer un mal negocio. Si quiero vender algo y pienso demasiado en la venta, no tendré la suficiente psicología para entender al comprador y no obtendré los mejores resultados. No seré un as de los negocios.

De este modo, siempre tendemos a hacer hincapié en algún aspecto de nuestra experiencia. En Occidente se enfatiza en la individualidad como en ningún otro lugar. Hemos realizado una gran inversión psíquica en ella. Nos preguntamos hasta dónde vamos a ascender, en qué vamos a contribuir a la vida humana y cuál es nuestro destino.

La individualidad es una buena idea, pero lo que no entendemos de ella es que no funcionará a menos que esté equilibrada por su contrario. Al igual que no puedes tener una parte posterior sin una frontal, no puedes tener la individualidad sin la comunidad. Con esto quiero decir tener otro nivel de existencia en el que no exista la individualidad, en el que yo soy tú y tú eres yo.

Todo el mundo siente que es el centro del universo y que todo lo demás sucede a su alrededor. Es cierto que literalmente podemos darnos la vuelta y ver una distancia igualmente lejana en todas direcciones, especialmente si estamos en un barco en medio del océano. De hecho vivimos en un continuo de espacio-tiempo curvo, que es un universo donde cada punto puede ser considerado como el centro.

Pensemos en una esfera. ¿Qué punto de su superficie es el centro? Al momento puedes ver que cualquiera de ellos puede serlo, así que cada punto del universo puede ser legítimamente el centro del mismo. Esta es la descripción de Dios que hace san Buenaventura: «ese círculo cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia no está en ninguna». Todos estamos en esta situación.

En ese plano de existencia, todos somos como las terminaciones nerviosas que hay bajo nuestra piel. En cada punto de nuestra piel hay pequeñas terminaciones nerviosas que recopilan información sobre el mundo exterior. Todas ellas en conjunto constituyen nuestra sensibilidad. Del mismo modo, la gente con sus ojitos y orejitas, son en realidad un centro común al que denomino «yo» y que se está mirando a sí mismo desde múltiples puntos de mira.

Estamos tan cerca del centro y tan absortos en las distintas formas en que cada uno de nosotros ocupa ese centro, que rechazamos la comunidad subyacente que nos vincula a todos. La individualidad surge de esa comunidad.

Solo es una cuestión de escala.

Cuando llegas a un cierto grado de la escala de aumento, la individualidad emerge de ese fondo común. Si algo que tuviera una biología totalmente distinta a la nuestra llegara a este planeta, no vería la diferencia entre africanos, griegos, armenios o anglosajones. Todos le pareceríamos iguales.

Podemos coger unos gusanos platelmintos, como la tenia, y enseñarles algunos trucos. Si los ponemos en una batidora, los pulverizamos y alimentamos a otras tenias con ellos, las nuevas tenias adquirirán los trucos aprendidos por las tenias pulverizadas. Quizás algún día tomaremos el ADN de los genios y se lo daremos a las personas ordinarias para convertirlas en genios. Piensa en ello. La razón de hablar sobre tenias pulverizadas es para demostrar que lo que se transmite es la repetición del patrón, la repetición de ciertos ritmos.

El gran artista holandés Escher tiene un libro de dibujos asombrosos. Por ejemplo, un dibujo puede revelar una fila de diablos en primer término, pero cuando miras el fondo, ves una de ángeles. En su obra, todo tiene su opuesto, de modo que cuando miras uno de sus cuadros, no sabes cuál es el primer término y cuál es el segundo. Sencillamente pasas de uno a otro y puedes contemplar el cuadro de las dos formas.

Todo es así. Pero estamos demasiado fascinados por cualquier cosa que, en un momento dado, hemos seleccionado para que sea el primer término. El primer término viene antes; es importante. El segundo término, ¡oh, solo es el fondo! Por eso, con frecuencia los árboles no nos dejan ver el bosque o el bosque no nos deja ver los árboles.

Siempre que contemples el paisaje general de la experiencia sensorial, prueba cambiar del primer término al segundo. Procura trasladar tu atención de todas las cosas que consideras importantes a todas las que crees que no lo son. Observa las constantes, el fondo. Observa los espacios entre las personas, por ejemplo.

Todos los pintores han tenido que aprender a hacerlo, porque han de pintar el fondo. Los tejedores también lo hacen, porque cuando están haciendo dibujos en el telar, también deben tejer el fondo. En Oriente, las personas que hacen esas extraordinarias alfombras son muy conscientes de que el fondo constituye la parte esencial de la experiencia final de la alfombra.

A medida que vas siendo consciente de los fondos irás observando lo mismo que se observa en la música: que solo a raíz de escuchar el intervalo entre las notas se puede oír la melodía. Si no escuchas el intervalo, pierdes el ritmo y todas las notas suenan como el mismo ruido con variaciones en el tono. Para oír la melodía has de oír los intervalos entre las notas. Así mismo has de observar los intervalos entre las personas —las cosas que no se dicen y las que están implícitas—. Entonces empezarás a sentirte conectado.

Es muy importante tener esa conexión con la vida y estar alerta. La forma esencial de descubrir esa conexión es mirar y ver las cosas que sueles olvidar o pasar por alto. Pero eso es lo más difícil que hay en el mundo. ¿Y qué es lo más evidente que olvidamos? La respuesta a esta pregunta es: ¿quién creo que soy?

¿Cómo solemos responder a esta pregunta? Decimos nuestro nombre. Soy Alan Watts. Pero esa no es la respuesta correcta. Eso es solo lo que la gente nos ha dicho que somos. Nos ponen un nombre y nos enseñan a identificarnos con él. Pero nosotros no somos nuestros nombres.

Eso lo sabemos muy bien. Si recordamos nuestra infancia, hasta antes de que la gente nos enseñara todo esto, veríamos muy bien quiénes somos: el jovial anciano Ser Supremo. Porque todos lo somos.

Aunque si una persona lo reconoce y otra no, esta última se siente algo ofendida. Eso supone un problema, que resolvimos en el cristianismo con la inteligente idea de permitir que solo una persona fuera reconocida como el Ser Supremo, como la encarnación de Dios. Y puesto que afortunadamente ha sido crucificado y enviado al cielo, ya no nos puede volver a ofender. Todo aquel que sienta lo que realmente es —la encarnación de Dios— y lo diga en voz alta, dentro del cristianismo, es criticado: «¿Quién te crees que eres? ¿Jesucristo?».

De hecho, incluso cuando Jesucristo dijo que era Jesucristo, todo el mundo le abucheó. Excepto los cristianos que le permitieron decir quién era; le permitieron ser la encarnación de Dios, pero solo a él. En nuestra teoría del universo, el individuo simplemente está involucrado en algo que le está sucediendo. Nosotros creemos que esto que nos está pasando es la realidad y que la realidad es otra cosa separada de nosotros. No la reconocemos como una parte integrante de nuestro ser, sin la cual no podemos saber lo que queremos decir con la palabra «yo». Pero si nos enfrentamos a la verdad, cada uno de nosotros sabrá que hay algún lugar en el alma, en la psique, donde todos comprendemos a la perfección que no somos solo un ratoncillo irresponsable que ha sido enviado a este mundo, sino que realmente lo estamos dirigiendo.

El problema es que no podemos admitirlo, del mismo modo que no podemos admitir que somos responsables de nuestros propios latidos del corazón. «¡Oh, yo no estoy haciendo esto! —decimos—. No tengo control sobre mi corazón». Pero ¿tienes control sobre alguna cosa? ¿Tienes control sobre ser consciente, por ejemplo? ¿Sabes cómo realizar un acto de voluntad? «Yo deseo mover mi mano desde mi cara hasta mi pierna», decimos. Podemos hacerlo, pero no sabemos cómo.

Por lo tanto no comprendemos nada en absoluto de lo que queremos decir con control voluntario. Incluso podemos decir que el único tipo de control que realmente comprendemos es aquel en el que no empleamos nuestra voluntad. Sencillamente abrimos y cerramos la mano. Podemos hacerlo, pero no sabemos cómo lo hacemos. El caso es que no nos damos cuenta de que al igual que podemos abrir y cerrar la mano, también podemos convertir el sol en luz, hacer que el cielo sea azul, soplar el viento y mover el océano. Al igual que sabemos digerir la comida, cómo hacer que sea digerida y transformada en bacterias. Del mismo modo que transformamos nuestros bistecs, nosotros también nos transformaremos. Los patrones continuarán y el patrón siempre serás tú.

Tenemos la maravillosa capacidad de transformarnos sin saber que lo estamos haciendo y, por consiguiente, de sorprendernos a nosotros mismos y seguir haciendo lo que hacemos. Porque si no nos sorprendiéramos, no seguiríamos haciéndolo. Es el propio hecho de parecer que somos víctimas de las cosas que nos suceden y que no entendemos, de que nos parece que llegamos a un final y morimos cada vez, lo que nos permite estar vivos. Cada vez que la vida nos sucede, es como si nunca nos hubiera sucedido. Cada vez que nacemos, es como si ocurriera por primera vez. Pero, como es natural, si no fuera así, no permitiríamos que siguiera pasando.

4. DESDE EL TIEMPO HASTA LA ETERNIDAD

A san Agustín de Hipona le preguntaron: «¿qué es el tiempo?». «Sé lo que es, pero cuando me lo preguntas, no lo sé», respondió. Curiosamente, él fue quien tuvo más que ver con la idea del tiempo que prevalece en Occidente.

En Grecia y en la India se creía que el tiempo era un proceso circular. Cualquiera que mire un reloj, evidentemente verá que el tiempo transcurre de forma circular. Pero los hebreos y los cristianos pensaron que el tiempo era algo que iba en línea recta. Esa es una poderosa idea que influye a todo aquel que vive en Occidente.

Todos tenemos nuestras mitologías. Cuando utilizo la palabra mitología o mito, no me estoy refiriendo a algo que es falso. Quiero decir una idea o una imagen a través de la cual la gente encuentra sentido al mundo.

El mito occidental con el que hemos nutrido a nuestro sentido común durante muchos siglos, considera que el mundo comenzó en el año -4000. Este mito se presenta en la Biblia del rey Jaime, según la cual fue transmitido por un ángel en el año 1611. En este mito, Dios, como es natural, había existido siempre, desde tiempos inmemoriales. El mundo fue creado y un día se destruirá. En algún momento en medio del tiempo, la segunda persona de la Trinidad se encamó en la forma de Jesucristo para salvar a la humanidad y establecer la verdadera iglesia. En algún momento del futuro, el tiempo tocará a su fin. Habrá un día que será el último, entonces la segunda persona de la Trinidad —Dios Hijo— reaparecerá en la gloria con sus legiones de ángeles y tendrá lugar el Juicio Final. Los que se salven vivirán eternamente contemplando a la bendita Trinidad. Los que no se portaron bien se retorcerán para siempre en el infierno.

Según esta exposición, el tiempo es unidireccional. Cada acontecimiento solo sucede una vez y jamás se podrá repetir. Según san Agustín, cuando Dios Hijo se encarnó en este mundo, se sacrificó para el perdón de todos los pecados. Esto fue algo que solo podía suceder una vez.

No sé por qué pensó eso, pero seguro que lo creyó así. De ahí la idea de que el tiempo es una historia única que tuvo un principio definido y que tendrá un final igualmente definido y eso es todo. La mayoría de los occidentales ya no creemos en esa historia, aunque muchos consideran que deberíamos creer en ella. Pero aunque no crean en ella, todavía conservan parte de su forma de pensar, una visión lineal del tiempo que nos dice que vamos por una carretera de un solo sentido. Nunca volveremos a recorrer el mismo camino y a medida que avanzamos por él pensamos que, con el tiempo, las cosas mejorarán.

Esta versión del tiempo difiere de una forma muy extraña y fascinante de la que tienen en otras partes del mundo. Veamos la visión hinduista por ejemplo. Los hinduistas no tienen una mente tan cerrada y provinciana como para creer que el mundo fue creado en una fecha tan reciente como el -4000. Ellos calculan las eras del universo en unidades de cuatro millones trescientos veinte mil años. Esa es su unidad

básica para contar y se denomina *kalpa*. Su visión del mundo difiere bastante de la nuestra.

En Occidente vemos el mundo como un artefacto hecho por un gran técnico, el Creador. Pero los hinduistas no creen que el mundo fuera creado. Lo ven como un drama, no como algo que ha sido creado, sino como algo donde se actúa. Ven a Dios, al actor supremo o lo que denominan el Espíritu Cósmico, interpretando simultáneamente todos los papeles. En otras palabras, nosotros, los pájaros, las abejas, las flores, las rocas y los astros somos todos un acto puesto en escena por Dios, que a través de las múltiples eternidades simula que es todas esas cosas para divertirse. Finge que es todos nosotros. Al fin y al cabo no es una idea tan descabellada. Si te pidiera que pensaras qué harías en el caso de que fueras Dios, puede que descubrieras que ser omnisciente, omnipotente y eterno resultara extraordinariamente aburrido. Al final estarías deseando tener una sorpresa.

¿Qué es lo que intentamos hacer con la tecnología? Intentamos controlar el mundo. Intentamos ser omnipotentes y omniscientes. Imagina la satisfacción última de ese deseo. Cuando tuviéramos el control de todo y grandes paneles donde con tan solo apretar un botón se cumplieran todos los deseos, ¿qué querríamos entonces? Al final querríamos tener un botón rojo especial etiquetado como «sorpresa». Aprieta ese botón y ¿qué ocurrirá? De pronto perderemos nuestro estado de conciencia normal y nos encontraremos en una situación mucho más parecida a la que nos hallamos ahora, donde sentimos que estamos un poco fuera de control, sujetos a sorpresas y a los caprichos de un universo impredecible.

Los hindúes creen que Dios aprieta el botón «sorpresa» muy a menudo. Es decir, durante un período de cuatro millones trescientos veinte mil años, Dios sabe quién es. Entonces se aburre y decide olvidar quién es durante otro período semejante. Se va a dormir y tiene un sueño; a este sueño le llaman *manvantara*. El período en el que se despierta y no sueña se denomina *pralaya*, un estado de beatitud total. Pero cuando se vuelve a dormir y sueña, Él manifiesta el mundo.

Esta manifestación del mundo está dividida en cuatro eras. Se las denomina según las cuatro tiradas de los dados indios. La primera se conoce como *krita*, que corresponde a la tirada del cuatro, la tirada perfecta. *Krita-yuga*, o la primera era, dura mucho tiempo.

En ese período de manifestación del mundo, todo es absolutamente delicioso. Sería lo mismo, por ejemplo, que si tuvieras el privilegio de tener el sueño que quisieras cuando fueras a dormir por la noche. Durante al menos un mes vivirías todos tus deseos en sueños. Disfrutarías de banquetes, música y de todo aquello que desearas.

Pero luego, al cabo de unas pocas semanas, dirías: «Esto es un poco aburrido. Vamos a tener una aventura. Vamos a buscar problemas». Está bien buscarse problemas en sueños porque sabes que al final te vas a despertar. Así que lucharías contra dragones, rescatarías princesas y harías todo ese tipo de cosas.

Al cabo de un tiempo, cuando volvieras a aburrirte, podrías ir cada vez más lejos. Podrías planear olvidarte de que estás soñando. Creerías que realmente estás en peligro y ¡qué sorpresa si entonces te despertaras! Luego, una de esas noches, cuando estuvieras soñando cualquiera de esos sueños, te encontrarías justo donde estás ahora, con todos tus problemas particulares, preocupaciones, lecturas y compromisos, leyendo estas palabras. ¿Cómo sabes que esto no es lo que está sucediendo?

Luego, tras *Krita-yuga*, en la que todo es perfecto, viene una época algo más breve denominada *Treta-yuga*, que adopta su nombre de la tirada del tres en los dados indios. En *Treta-yuga* las cosas son algo más inseguras.

Cuando termina esa era, llega una tercera: un período más corto denominado *Dvapara-yuga*, cuyo nombre deriva de *dva*, la tirada del dos. En este período, las fuerzas del bien y del mal están equilibradas.

Cuando esa era toca a su fin, viene una época aún más breve denominada *Kali-yuga*. *Kali* significa la tirada del uno, o la peor de todas. En este período las fuerzas de la negación y de la destrucción son las que triunfan.

Kali-yuga se supone que empezó poco antes del -3000. Todavía nos quedan otros cinco mil años[5]. En este período todo se desmorona y las cosas van de mal en peor, hasta que al final, el Señor aparece en su disfraz de Kali, la destructora. Kali es negra, tiene cuatro brazos y lleva un collar de calaveras. En una mano sostiene una espada ensangrentada. En otra mano sostiene por los cabellos una cabeza cortada. Una tercera mano permanece abierta, con los dedos extendidos hacia delante en el gesto de concesión de los deseos. La cuarta mano también está abierta, con los dedos mirando hacia arriba y la palma extendida en el gesto que significa «no temáis», todo es un gran teatro. Después, todo el cosmos se destruye con el fuego y el Señor despierta a todas las almas, les revela quién es Él y luego vive durante un *pralaya* de 4 320 000 años en un estado de beatitud absoluta.

Esta secuencia de las eras se repite eternamente. Son las inhalaciones y exhalaciones de Brahmá, el Espíritu Supremo. Y estas equivalen a los años de Brahmá, que cada uno de ellos equivale a 360 *kalpas*. Y estas a su vez equivalen a siglos y así sucesivamente. Pero nunca llega a aburrirse porque cada vez que empieza un *manvantara*, Dios se olvida de todo lo que ha sucedido antes y queda totalmente absorto en la representación, al igual que cuando naciste y abriste los ojos en el mundo pensaste que era la primera vez. Todo el mundo era maravilloso y extraño. Lo veías con los ojos claros de la infancia.

Por supuesto, a medida que vas creciendo te vas acostumbrando a las cosas. Has visto el sol muchas veces y piensas que siempre es el mismo sol. Ves los árboles hasta que al final piensas que son los mismos viejos árboles. Empiezas a aburrirte, a venirte abajo y a desintegrarte hasta morir, porque te has cansado de todo. Pero después de tu muerte nace otro bebé, que por supuesto eres tú, porque todo bebé se denomina a sí mismo «yo», lo ve todo desde una perspectiva totalmente nueva y siente una emoción sin límites. Con esta perfecta organización para que jamás exista un aburrimiento del

todo intolerable va pasando el tiempo, una y otra vez, de forma circular.

Este mito hindú es uno de los grandes mitos en el mundo sobre el tiempo. Nosotros, en nuestra era y tiempo, hemos de considerarlo muy seriamente. Como civilización con una alta tecnología que ejerce un tremendo poder sobre la naturaleza, hemos de considerar seriamente el tiempo. Por lo tanto, me permitiré formular la misma pregunta que le hicieron a san Agustín: «¿qué es el tiempo?». No voy a daros su respuesta. Sé lo que es el tiempo y cuando me lo preguntéis os lo diré. El tiempo es una medida de energía, una medida de movimiento.

Hemos acordado internacionalmente la velocidad del reloj. De modo que quiero que penséis en los relojes durante un momento. Nosotros, como todos sabemos, somos sus esclavos. Observaréis que vuestro reloj tiene una esfera circular y que está calibrado. Cada minuto o segundo está señalado con una fina línea, dibujada lo más estrecha posible, pero que resulta visible. Cuando pensamos en lo que queremos decir con la palabra «ahora», pensamos en el instante más corto posible que está aquí y que inmediatamente ha pasado, porque ese momento corresponde con la imagen de las delgadas calibraciones del reloj.

A raíz de ello, somos personas que creemos que no tenemos ningún presente, porque pensamos que el presente siempre se desvanece al instante. Este es el problema del Fausto de Goethe. Consigue su gran momento y le dice: «¡oh, retrásate más, eres tan hermoso…!». Pero el momento nunca permanece. Siempre se disuelve en el pasado.

Por consiguiente tenemos la sensación de que nuestras vidas se nos están escapando a cada momento. Por eso tenemos ese sentido de urgencia: no se ha de perder el tiempo, el tiempo es oro. Debido a la tiranía de los relojes, creemos que tenemos un pasado y que sabemos quiénes éramos —nadie te puede decir quién es ahora, solo te puede decir quién era— también creemos que tenemos un futuro. Esa creencia es terriblemente importante, porque tenemos la ingenua esperanza de que el futuro nos deparará todo aquello que estamos buscando.

Si vives en un presente que es tan corto que en realidad no existe, siempre te sentirás algo frustrado. Cuando le preguntas a una persona: «¿qué hiciste ayer?», te explicará una sucesión histórica de una secuencia de acontecimientos. Te dirá: «Me desperté a eso de las siete de la mañana. Me levanté y me hice un café, luego me cepillé los dientes y me duché, me vestí, desayuné y me marché a la oficina». Te hace un resumen histórico del curso de los acontecimientos. La gente realmente piensa que eso es lo que ha hecho.

En realidad eso es solo una explicación esquemática de lo que hicieron. Las personas viven una vida mucho más rica que todo eso, pero no se dan cuenta de ello. Solo prestan atención a una pequeña parte de la información que reciben a través de sus cinco sentidos. Se olvidan de que al levantarse y prepararse el café, su mirada se dirigió a la ventana y vio los pájaros. Se olvidan de la luz en las hojas de los árboles y de que su nariz jugueteó con el aroma del café. Se olvidan porque no eran conscientes

de ello. Porque tenían prisa. Se tomaron el café muy rápido para poder ir a la oficina a hacer algo que pensaban que era muy importante.

Quizás lo era, porque de algún modo les sirvió para producir dinero. Pero como estaban tan absortas en el futuro, no utilizaron el dinero que ganaron. No pudieron disfrutarlo. Quizás lo invirtieron para poder tener un futuro donde puede que algo llegue a sucederles, ese algo que siempre han estado buscando. Pero, como es natural, nunca les sucederá, porque el mañana nunca llega. La verdad del asunto es que el tiempo no existe. El tiempo es una alucinación. Solo existe el hoy. Nunca habrá otra cosa que el hoy y si no sabes cómo vivir hoy es que estás demente.

Este es el gran problema de la civilización occidental, de todas las civilizaciones. La civilización es un sistema muy complejo donde usamos símbolos —palabras, números, figuras y conceptos— para representar el verdadero mundo de la naturaleza. Empleamos el dinero como símbolo de riqueza. Utilizamos el reloj para representar el tiempo. Usamos los kilómetros y los centímetros para representar el espacio. Todas ellas son medidas muy útiles. Pero también puedes abusar de una cosa buena. Es fácil confundir la medida con lo que estás midiendo, al igual que confundir el dinero con la riqueza. Es como confundir el menú con la cena. Puedes quedarte tan embelesado con los símbolos que los confundas por completo con la realidad. Esta es la enfermedad que padecen casi todos los pueblos civilizados. Por lo tanto, nosotros nos encontramos en la situación de comernos el menú en lugar de la cena, de vivir en un mundo de símbolos y palabras. Esto hace que nos relacionemos mal con nuestro entorno material.

Los Estados Unidos de América, como el país más progresista de Occidente, es un gran ejemplo de esto. Somos un pueblo que nos consideramos grandes materialistas y nos avergonzamos un poco de ello. Pero esta reputación no nos la merecemos en absoluto. Un materialista es una persona a la que le gusta lo material y por lo tanto lo venera, respeta y disfruta. Nosotros no hacemos eso. Nosotros odiamos lo material. No dedicamos a abolir sus limitaciones. Queremos abolir las limitaciones del tiempo y del espacio. No queremos ir de San Francisco a Nueva York en algo que vaya por tierra y estamos procurando que así sea. No nos damos cuenta de que el resultado será que San Francisco y Nueva York serán lo mismo y que no valdrá la pena ir de un sitio a otro.

Cuando te vas de vacaciones quieres ir a un sitio que sea diferente. Puede que pienses en ir a Hawai, donde imaginas que habrá playas de arena, un maravilloso océano azul y arrecifes de coral. Pero los turistas cada vez preguntan más: «¿ya se ha estropeado el lugar?». Con esto quieren decir: «¿ya es exactamente como Dallas?». Y la respuesta es «sí». Entonces cuanto más rápido se pueda llegar desde Dallas a Honolulú, más pronto esta última será como la primera y menos razón habrá para hacer el viaje. Tokyo se ha vuelto como Los Ángeles. Cuanto más deprisa te desplazas de un lugar a otro del planeta, todos los lugares se vuelven lo mismo. Este es el resultado de abolir las limitaciones del tiempo y el espacio.

Tenemos prisa por hacer demasiadas cosas. Volviendo a mi resumen de lo que hace una persona durante el día: la persona se levanta por la mañana y se prepara café, supongo que sería un café instantáneo, porque tendría demasiada prisa como para preocuparse en preparar una deliciosa taza de café. El café instantáneo es un castigo para las personas que tienen demasiada prisa.

Eso pasa con todas las cosas instantáneas. Hay algo de farsa en todo ello. ¿Adónde corrías hacia el futuro? ¿Qué creías que el futuro te iba a aportar? En realidad no lo sabes. Siempre me había parecido una excelente idea asignar a los alumnos universitarios de primero la tarea de escribir una redacción sobre cómo les gustaría que fuese el cielo. Es decir, hacerles reflexionar sobre lo que realmente quieren en esa abstracción del futuro, puesto que la verdad del asunto —tal como ya he dicho— es que no existe el futuro. El tiempo es una abstracción, al igual que el dinero y que los centímetros.

Pensemos en la Gran Depresión. Un día todo iba bien —todo el mundo era bastante rico y tenía abundancia de alimentos— y, de pronto, al día siguiente, todos estaban en la pobreza. ¿Qué pasó? ¿Habían desaparecido las granjas? ¿Se desvanecieron las vacas en el aire? ¿Dejaron de existir los peces del mar? ¿Perdieron los seres humanos su energía, habilidades y cerebros? No, esto es lo que sucedió: una mañana, después del comienzo de la Depresión, un carpintero se fue a trabajar y su capataz le dijo: «Lo siento, chico, no puedes trabajar hoy. Ya no hay centímetros».

—¿Qué quieres decir con que no hay centímetros? —dijo el carpintero.

—Sí —dijo el capataz—. Tenemos tablas, tenemos metal, pero no tenemos centímetros.

—Estás loco —le respondió el carpintero.

—Tu problema es que no entiendes de negocios —replicó el capataz.

Lo que sucedió en la Gran Depresión es que los seres humanos confundieron el dinero con la riqueza. No se dieron cuenta de que el dinero es una medida de riqueza, del mismo modo que los centímetros son una medida de longitud. Creen que es algo valioso de por sí. A raíz de ello tienen increíbles problemas.

Del mismo modo, el tiempo no es otra cosa que una medida abstracta de movimiento. Pero seguimos contando el tiempo. Tenemos la sensación de que el tiempo se nos acaba y nos hacemos la vida imposible con esto. Supongamos que estás trabajando. ¿Estás mirando el reloj? Si es así, ¿a qué esperas? A que sea la hora, las cinco en punto. Ya te puedes ir a casa y divertirte. ¿Qué vas a hacer cuando llegues? ¿Divertirte o vas a mirar la televisión —que es una reproducción electrónica de la vida que ni siquiera huele a nada— y tomarás una cena típica de estar mirando la tele —que es una especie de basura recalentada como la de los aviones— hasta que te entre sueño y te vayas a dormir?

Este es nuestro problema. No estamos vivos. No estamos despiertos. No vivimos en el presente. Recibimos una educación. ¡Vaya trampa! De niño nos envían a una guardería. En la guardería nos dicen que te estás preparando para ir a la escuela de

párvulos. Luego ya llega el primero, el segundo y el tercer grado. Te dicen que estás subiendo gradualmente la escalera, que estás progresando. Cuando llegas al final de la enseñanza básica, te dicen: «ya estás preparado para ir al instituto». En el instituto te dicen que ya estás preparado para ir a la universidad. En la universidad te dicen que ya estás preparado para meterte en el mundo de los negocios con tu traje y tu diploma. Después acudes a tu primera reunión comercial y te dicen: «ya puedes salir a la calle a vender». Te prometen que ascenderás por la escalera de los negocios si vendes y quizás tengas un ascenso. Si vendes te suben el sueldo. Al final, a eso de los cuarenta y cinco años, un día llegas a ser el vicepresidente de una compañía y te dices a ti mismo: «He llegado. Pero me han engañado. Falta algo. Ya no tengo un futuro». «No es así —te dice el agente de seguros—. Yo tengo un futuro para ti, esta póliza te permitirá retirarte cómodamente a los sesenta y cinco y ahora ya puedes pensar en eso». Estás encantado. Contratas el seguro y a los sesenta y cinco te jubilas, pensando que ese es el gran logro de tu vida. El problema es que tienes trastornos de próstata, dientes postizos y arrugas. Y eres un materialista, un fantasma, una abstracción. Estás en ninguna parte, porque nunca te dijeron y nunca te diste cuenta de que la eternidad es ahora. No existe el tiempo.

¿Qué harás entonces? ¿Puedes recuperar el sonido de un tapón de botella de champán que saltó la noche pasada? ¿Puedes darme un ejemplar del *Dallas Morning Herald* de mañana? Sencillamente todavía no está impreso. No existe el tiempo. El tiempo es una fantasía. Es una fantasía útil, al igual que las líneas de latitud y longitud. Pero en realidad no existen. Nunca vas a atar un paquete con la línea del ecuador. El ecuador y el tiempo son lo mismo, meramente abstracciones. El tiempo es una convención. Nos permite que podamos reunirnos en la esquina de tal sitio a las cuatro en punto. ¡Estupendo! Pero no nos dejemos engañar por la convención. No es real.

Para las personas que viven en el presente no tiene sentido hacer planes. Las personas que creen en el tiempo y que viven hacia el futuro hacen muchos planes. Pero cuando estos maduran, ya no están allí para disfrutarlos. Están planificando otra cosa. Son como burros corriendo detrás de una zanahoria que cuelga de un palo delante de su hocico. Nunca están en el momento presente. Nunca llegan a donde quieren ir. Nunca están vivas. Siempre están frustradas. Por lo tanto siempre están pensando, el futuro es su preocupación. Algún día pasará, piensan. Pero como nunca llega, se desesperan. Quieren más y más tiempo. Les aterra la muerte, porque esta detiene el futuro. Y nunca llegan a su meta, sea cual fuere. Siempre hay algo más al doblar la esquina.

Por favor, ¡despierta!

No te estoy diciendo que no seas previsor, que no debas contratar una póliza de seguros, que no te hayas de preocupar por cómo vas a pagar los estudios de tus hijos. Lo que quiero decir es que no tiene sentido enviar a tus hijos a la universidad y proporcionarles un futuro si no sabes cómo vivir en el presente, porque lo único que

harás es enseñarles a no vivirlo. Acabarás arrastrándote por la vida alegando que lo haces en beneficio suyo, y estos a su vez se arrastrarán por la vida aburridamente alegando que lo hacen por sus hijos.

Todos nos cuidamos de todos tan maravillosamente que nadie se divierte en absoluto. Decimos de un loco que no está del todo aquí. Nuestra enfermedad colectiva es no estar del todo aquí.

Al principio del régimen comunista en Rusia, tenían un plan de cinco años, todo iba a ser estupendo al cabo de esos cinco años, salvo que cuando llegó la fecha, tuvieron que hacer otro plan de cinco años. Estaban transformando a los seres humanos en pistas de baile para la próxima generación. Pero, por supuesto, la siguiente generación no podría bailar; tendría que convertirse en la pista de baile de la siguiente generación y así sucesivamente. Cada generación sostiene la pista para la siguiente, pero nadie llega a bailar jamás.

Como veréis la filosofía comunista y la nuestra son idénticas. De hecho, nuestro sistema también es el suyo. Cada vez nos parecemos más, debido a nuestra mala interpretación de la realidad del tiempo. Estamos obsesionados con el tiempo. Siempre ha de llegar. Mao Tse-Tung puede decir a todos los chinos: «vivid una vida aburrida, llevad la misma ropa y un pequeño libro rojo, y un día, quizás todo será estupendo».

Nosotros nos encontramos en la misma situación. Somos el país más rico del mundo y la mayoría de nuestros ejecutivos van vestidos con trajes oscuros y parecen enterradores. Comemos «Wonder Bread» (una marca de pan), al que le han inyectado espuma de poliestireno con algunos productos químicos que se supone que son nutritivos. Ni siquiera sabemos comer. Dicho de otro modo, vivimos en lo abstracto, no en lo concreto. Trabajamos por dinero, no por la riqueza. Esperamos el futuro y no disfrutamos el hoy. Estamos destruyendo nuestro entorno. Estamos Los Angelizando el mundo, en lugar de civilizarlo. Estamos convirtiendo el aire en gases tóxicos y el agua en veneno. Estamos destruyendo la vegetación de las colinas. Y ¿para qué? Para imprimir periódicos.

En nuestras universidades valoramos más lo que ha sucedido que lo que está sucediendo. Los informes de la secretaría están en cajas fuertes bajo llave, pero los libros de la biblioteca no. Por supuesto, lo que hacemos es mucho más importante que lo que hemos hecho. No comprendemos esto. Nos vamos de merienda al campo y alguien dice: «Está haciendo un día maravilloso. ¡Qué pena que nadie haya traído una cámara!». La gente se va de viaje con sus pobres cajitas alrededor del cuello y, en lugar de vivir la escena, sea cual sea, empiezan a hacer clic, clic, clic con sus cajitas, para al llegar a casa poder enseñar las fotos a sus amigos y decir: «Mirad, eso es lo que pasó. Por supuesto, yo no estuve realmente allí, solo estaba haciendo fotos».

Cuando el registro se vuelve más importante que el acontecimiento, estamos remontando el río sin remos. De modo que la necesidad más grande de la civilización es vivir el presente. Piensa en todos los problemas que nos evitaríamos. Lo tranquilas

que serían las cosas. No nos estaríamos interfiriendo mutuamente. No estaríamos haciendo el bien a todos, como el general que destruyó una aldea en Vietnam por la seguridad de la misma. Esta fue su explicación. «Deja que te ayude amablemente o perecerás —dijo el mono poniendo al pez a salvo en la copa de un árbol».

El ahora es el significado de la vida eterna. Jesús dijo: «yo soy, antes que Abraham». No dijo «yo fui», sino «yo soy». Llegar a esto, saber que eres y que no existe el tiempo salvo el presente, es alcanzar de pronto el sentido de la realidad.

La meta de la educación debería ser enseñar a la gente a vivir en el presente, a estar aquí. En su lugar, nuestro sistema educativo es bastante abstracto. Rechaza los fundamentos de la vida y en vez de ello nos enseña a ser burócratas, banqueros, contables y agentes de seguros. Descuida por completo nuestra relación con los cinco aspectos del mundo material: cosechar, cocinar, vestirse, tener un hogar y hacer el amor. Estos aspectos se pasan por alto. Por eso el Congreso de los Estados Unidos puede promulgar una ley que dicte una grave penalización para aquel que queme una bandera en público. Sin embargo esos congresistas mediante actos de comisión o de omisión son los responsables de quemar lo que representa la bandera y de la erosión de los recursos naturales de esta tierra. Aunque dicen que aman a nuestro país, no es verdad. Su país es una realidad. Ellos aman a su bandera, que es una abstracción. De modo que creo que es el momento de volver a la realidad, de regresar del tiempo a la eternidad, de volver al eterno ahora, que es lo que tenemos, lo que siempre hemos tenido y lo que en realidad siempre tendremos.

EL OLOR DE LAS ALMENDRAS QUEMADAS

Casi todas las grandes religiones del mundo están relacionadas de alguna manera con una bebida —el judaísmo y el cristianismo con el vino, el islam con el café, el hinduismo con la leche de las vacas sagradas, el budismo con el té—. De un modo u otro, estas bebidas sagradas se utilizan con fines sacramentales. El sacramento, tal como lo define la iglesia anglicana, es el signo visible y exterior de la gracia espiritual e interior. Es una característica muy común de la religión en todo el mundo, aunque muchos occidentales que están bajo la influencia del protestantismo y el humanismo la desaprueban por completo.

El sacramento es un método de transmitir poder espiritual o visión interior a través de un medio corpóreo. Por ejemplo, en el sacramento del bautismo, los cristianos ortodoxos creen que echar agua —una substancia física— sobre una persona está unido de alguna forma con la gracia de Dios. Pongamos otro ejemplo, algunas personas creen que las palabras correctas dichas por la persona correcta sobre el pan y el vino transforman el pan en el cuerpo de Cristo y el vino en su sangre. Además, todo aquel que participe de él —según el principio de que eres lo que comes — se transforma en Cristo.

Detrás de las bebidas más conocidas de los líquidos sacramentales asociados a varias religiones, hay religiones que utilizan substancias más potentes. Una de ellas es la que asocia al islam y a todo el mundo árabe con el consumo del hachís. Nadie que sepa algo sobre los efectos de esta substancia puede dudar de que las personas que pintaron las miniaturas persas y que diseñaron los grandes arabescos de la civilización islámica tuvieron el tipo de visión que se experimenta al consumir hachís.

Así mismo, los textos védicos primitivos de la India mencionan algo denominado *soma*. Nadie sabe realmente lo que era el *soma*, pero se puede adivinar, a la vista de las actuales prácticas modernas de la India, que era una especie de brebaje hecho con cáñamo índico, que utilizan hoy en día algunos yoguis, o una bebida hecha con setas psicoactivas. Los adoradores de Shiva usan mucho el cáñamo índico en la forma de *bung*, que es como una bebida, o *gangia*, cuando se fuma.

En la escuela de filosofía taoísta china durante mucho tiempo se buscó el elixir de la vida. Esto se asociaba con la alquimia, pero cuando lees textos alquímicos has de ser consciente de que siempre están velados. Los sabios taoístas aparentemente buscaban un elixir de la inmortalidad que convirtiera al ser humano en inmortal. Se suponía que si bebías el elixir adecuado, cuando te hacías viejo, te desprenderías de tu arrugada piel y aparecería el joven que había debajo, al igual que una serpiente cuando cambia la piel. En algunas partes de China se encuentran estatuas de venerables ancianos cayéndoseles la piel y revelando al joven que hay debajo, y muchos sabios —de hecho, los emperadores— murieron por beber brebajes que se suponía que eran el elixir de la vida.

Uno de los ingredientes del elixir siempre era el té, pero, por supuesto, el té, tal como se bebe en los círculos budistas, no es el que bebemos normalmente. La verdadera ceremonia del té de Extremo Oriente no supone poner hojas de té en remojo, sino triturar el té verde hasta convertirlo en un fino polvo. Luego se le echa agua caliente y se remueve con un batidor hasta que se convierte en una espesa mezcla. Unas pocas tazas de este brebaje te pone en un extraordinario estado de vela y por esa razón ha sido empleado durante mucho tiempo por los monjes budistas para sus prácticas de meditación. Este tipo de té tiene un ligero efecto psicodélico o de expansión de la conciencia. Los tibetanos también preparan un té muy espeso que mezclan con mantequilla de yak. Para nosotros es una bebida horrenda, pero a ellos les resulta calmante y reconfortante, a la vez que les mantiene despiertos.

En las culturas de los nativos americanos, la religión se centraba alrededor de las plantas divinas. Los nativos americanos usan el cacto peyote, yagé, setas como la *Psylocibin mexicana*, las semillas de estramonio o métel (*Datura metel*), y un considerable número de otras plantas que han sido clasificadas por el profesor Schultz de Harvard. Incluso algunas algas son consideradas plantas divinas. La seta *Psylocibin mexicana* es conocida entre algunos nativos americanos como «la carne de Dios».

Si retrocedemos en el tiempo descubriremos que en todo el mundo se ha utilizado en gran medida algún tipo de planta —ya sea masticada, destilada o hervida— que ha transformado la conciencia y que se ha dicho que concedía a la humanidad la visión de cosas divinas. En el Occidente actual hay una gran objeción a utilizar las plantas sacramentales y siempre ha habido personas que han despreciado este tipo de práctica. En el Occidente moderno se ha de decir que el uso de cualquier ayuda material para obtener una visión o desarrollo espiritual es contemplado con desaprobación, porque se ve como una muleta. La cultura se siente más feliz si no usas muletas, es decir, si lo haces por ti mismo. De un modo u otro, la utilización de una muleta —o de la droga, término equívoco que a la gente le gusta emplear— es visto como un signo de debilidad. Si tienes agallas vas a tener esta visión de una forma natural y legítima —de modo que esta realmente permanecerá contigo— has de trabajar para conseguirlo con tu propio esfuerzo.

Podrás ver un ejemplo de esto en la Ciencia Cristiana, una religión que prohíbe tomar medicinas para recuperar la salud física. Sin embargo, todo científico cristiano depende de su comida diaria, de las verduras y de las carnes, y se las come sin sentirse culpable. Debería darse cuenta de que si tuviera suficiente fe podría vivir sin comida o sin aire.

Supongo que suena exagerado decir que el aire es una muleta de la que dependemos o que la Tierra es una lamentable pelota sobre la que nos hemos de sostener. Pero si indagamos a fondo en las doctrinas y en la historia de casi todas las religiones, descubriremos que no existe un sencillo método de «hágaselo usted mismo». Sea cual sea el camino que sigas, invariablemente llegas a un punto en que

has de abandonar tus propios esfuerzos o tu ego.

En el budismo japonés hay dos escuelas la *jiriki* y la *tariki*. *Jiriki* significa tu propio poder. *Tariki* significa el poder de otro. La mayoría de las formas de budismo están clasificadas como *jiriki* según el principio de las últimas palabras del Buddha a sus discípulos: «Sed un refugio para vosotros mismos. No os refugiéis en ningún otro y trabajad con diligencia para vuestra propia liberación». De modo que en el zen y en el *tendai*, en el *theraváda* o en las formas de budismo del sur, encontrarás que la práctica de meditación o de crecimiento espiritual es cuestión de realizar un esfuerzo constante para controlar la mente. Pero a medida que te concentras y desarrollas este esfuerzo, llegas a un callejón sin salida en el que tu voluntad y tu ego entran en un estado de frustración total y descubres que no hay nada que puedas hacer para corregirte, para no ser egoísta. Te das cuenta de que no solo no hay nada que puedas hacer, sino que tampoco hay nada que no puedas hacer. Dicho de otro modo, la energía que utilices será tan falsa como tu intento de relajarte. Llegado a este punto en el yoga o en la meditación, debe surgir un estado de entrega, un dejarse ir por completo. Es precisamente en ese momento cuando la transformación de la conciencia, que persiguen todas estas religiones, puede tener lugar.

De un modo u otro, todas las religiones del mundo intentan alcanzar un estado de conciencia que no sea egocéntrico, de modo que podamos ver a través de los trucos que, durante el estado egocéntrico, nos jugamos a nosotros mismos. El engaño que estamos representando es creer que somos incapaces de ser conscientes de la relatividad de los opuestos. Negro y blanco, luz y oscuridad, bien y mal, placer y dolor, vida y muerte —o incluso uno mismo y el mundo exterior— en el estado de conciencia egocéntrico parecen estar separados y ser opuestos. Sin embargo, la lógica más elemental nos dice que los opuestos necesariamente van unidos. Es decir, si sientes que eres una persona superior en cualquier aspecto —moral, intelectual o físico—, no tienes forma de saberlo si no es por la presencia de personas relativamente inferiores. Si estas desaparecieran te quedarías en el limbo y no sabrías dónde estás. Lo alto siempre depende de lo bajo, del mismo modo que la flor depende del suelo y la rosa del estiércol. De modo que el yo subjetivo también va junto con el yo objetivo, porque los pensamientos son acontecimientos físicos, a la vez que ideas subjetivas. Todo lo que sabe el yo está inseparablemente unido consigo mismo, pero nos las hemos arreglado para erradicar esto de nuestra conciencia normal y conducir nuestras vidas como si pudiéramos hacer que existiera el blanco sin el negro, la luz sin la oscuridad y el placer sin el dolor.

Cuando se supera el estado egocéntrico, es evidente que todas estas cosas van unidas y la curiosa consecuencia de esto es que ves la unidad de todos los opuestos, que el mundo está lleno de gloria. Es muy difícil explicar esta transformación de manera lógica, pero sencillamente es así con este tipo de conciencia diferente. Es decir, todo lo que anteriormente habías intentado excluir, negar y superar, lo ves como una parte de una construcción continua, ves el mundo como algo

profundamente armonioso. Todo en él es como debería ser.

Esto es difícil de explicar a quienes no lo ven y por esa razón muchas personas que tienen este tipo de experiencia permanecen calladas. No solo es difícil de explicárselo a las personas ordinarias, sino que les resulta muy traumático porque parece que les derrumbe todas las reglas del juego de su orden social. Decir que las cosas malas son perfectamente correctas porque están en secreta armonía con las cosas buenas desafía nuestras ideas sobre la moralidad. Si no eres una persona inteligente y sensible, y entiendes esta idea superficialmente, podrías empezar a comportarte como un perturbado. Esta idea se podría usar para justificar cualquier tipo de conducta con la excusa de que todo forma parte de una armonía universal. Esta es la razón por la que, a lo largo de los siglos, a estos profundos asuntos siempre se ha unido una especie de esoterismo.

El secreto envuelve tanto al estado de conciencia como a los distintos medios para conseguirlo, tanto si estos son sacramentales como si se trata de alguna forma de meditación, oración u otro tipo de disciplina espiritual. Quisiera recordar que siempre ha habido cierto secreto en torno a este tipo de conocimiento. Tradicionalmente estas cosas no se han enseñado a la gente corriente o a quienes se consideraba que no estaban preparados.

Este es un grave problema en nuestro mundo moderno, porque hay muy pocos secretos en la actualidad. Cualquier tipo de conocimiento científico es conocimiento público, al menos entre los científicos. Por supuesto, hay ciertos tipos de conocimiento científico que los profanos en el tema sencillamente no pueden comprender porque se ha de aprender el lenguaje en el que se expresa este conocimiento y este es difícil de dominar. Muchas popularizaciones de las ideas científicas son falsificaciones, al menos en parte, porque esas ideas no se pueden expresar en inglés, francés o alemán, aunque se puedan expresar en álgebra. De modo que, de alguna forma, todo conocimiento se protege a sí mismo, porque para entenderlo has de seguir hasta cierto punto el camino que siguieron quienes lo descubrieron.

Sin embargo, como resultado de la tecnología científica en el mundo moderno, un gran número de cosas muy peligrosas están al alcance de los estúpidos, incluyendo los fantásticos poderes de destrucción que nos ha dado la tecnología. De modo que realmente es muy difícil en está época guardar secretos. Todo se publica y prácticamente se han desvelado todos los misterios. Los antiguos filósofos de la India considerarían esto como un signo de decadencia del mundo y de la llegada de Kali-yuga: la época negra y destructiva al final del ciclo en la que todo el mundo se destruye.

Incluso esas disciplinas religiosas o espirituales que creen en el empleo extremo de la voluntad —esas disciplinas *jiriki* o de autopoder— al final llegan a un punto idéntico al *tariki* —las que confían en el poder externo a la voluntad individual que es más profundo que el ego personal—. Ambos tipos de disciplinas llegan al mismo

punto. La diferencia entre ambas escuelas depende de la definición de uno mismo. Si empiezas describiéndote como tu ego, entonces lo qué haya que no seas tú —o un poder más grande que tú— te parecerá que es diferente de ti. Sin embargo, si empiezas definiéndote como algo más que el ego, entonces el poder que te transforma seguirá siendo tú mismo.

Por ejemplo, la mayoría de las personas definen sus corazones como algo distinto a ellas mismas. Decimos: «tengo un corazón», en lugar de: «soy un corazón». Para la mayoría, el corazón es una máquina que de algún modo apoya la existencia del ego. Es un motor que funciona en nuestro interior, como el motor de un coche, que —si no eres un mecánico— no puedes comprenderlo. Sencillamente lo usas, y piensas en tu corazón como algo distinto a ti. Es algo que sucede misteriosamente en tu interior, pero que está fuera de tu control. Por otra parte, si consideras a tu corazón como el centro de tu ser físico y como tú mismo, entonces te acostumbrarás a pensar que cuando late tu corazón, lo estás haciendo tú.

Las personas que proceden de una tradición judeo-cristiana suelen pensar que su corazón no es ellos mismos. El salmista dice: «observa, estoy hecho de una forma maravillosa y temible». Contempla su propio cuerpo y se asombra. Puesto que no lo entiende, debe ser la obra de Dios, que es distinto a él.

Por otra parte, cuando un hindú se define a sí mismo, no lo hace meramente en términos de esos tipos de conducta voluntarios. Se define también en términos de conducta involuntaria y de ese modo su corazón es tanto una parte de sí mismo como cualquier otra parte del cuerpo.

De modo que saber qué es el yo y el otro en ti mismo es en realidad una cuestión de semántica. Depende de dónde traces la línea. Pero lo que parece cierto es que en todas las tradiciones espirituales se llega a un punto en que el ego personal, la voluntad individual, llega a su límite de una forma u otra. Entonces es transformado por algo que no es voluntario, pero que parece suceder espontáneamente. Los cristianos lo llaman gracia. Los hindúes *prajna*. Los budistas *bodhi*. Pero en todos los casos, sucede por sí solo. Como dirían los chinos, «es así por sí mismo», o espontáneo.

En realidad no hay motivo para poner objeciones a los sacramentos. Son algo que nos viene de fuera y hace algo por nosotros que se escapa de nuestro control —y comprensión— de la voluntad. Siempre ha sido así.

Sin embargo, esta no es una experiencia en la que la voluntad y el ego no desempeñen ningún papel. La experiencia mística es esa transformación de la conciencia que produce un sentido de unión con lo divino. Sea como fuere que se consiga, es esencial que los iniciados en esta experiencia sean conectados con la tierra —es decir, que les hagan bajar a la tierra y puedan encontrar la armonía con la vida cotidiana y la sociedad humana—. Esto requiere una disciplina y todas las tradiciones ven con malos ojos a aquellos que simplemente roban los secretos divinos y los disfrutan sin seguir ningún tipo de disciplina. Por consiguiente, los efectos

destructivos de los métodos empleados para conseguir un estado alterado de conciencia son especialmente problemáticos para las personas que no tienen esa capacidad de seguir la disciplina que acompaña a su uso. Esto reza no solo para los sacramentos, las plantas divinas y las prácticas yóguicas, sino para todas las cosas en las que podemos hallar placer. De hecho, disfrutar de cualquier cosa es realmente imposible sin que vaya unido a alguna clase de disciplina.

Sencillamente piensa en unas cuantas cosas que sean agradables, que se puedan coger y tragar. Empieza con un caramelo. ¿Habría algo tan delicioso como una barra de caramelo si no hubiera expertos confiteros? Piensa en el vino. No solo tragas alcohol. Es una bebida hábilmente preparada que procede de una larga tradición de disciplina en el arte de ser vinatero. Piensa en que estás participando en una carrera de coches de fórmula 1. Tendrás una carrera muy corta en este intrépido deporte si no eres un experto de la conducción. A su vez el coche depende de la habilidad de un maestro mecánico.

No se me ocurre nada agradable que no requiera una disciplina, ni siquiera el sexo. Muchas personas dan por hecho el sexo, pero creo que les debe salir el tiro por la culata. No hay un profundo placer en el sexo a menos que exista la disciplina de una relación íntima con otro ser humano, la cual requiere mucho trabajo e inteligencia. El aspecto físico del sexo también es un arte considerable que muy pocas personas parecen llegar a aprender. Esta es la razón por la que en nuestra cultura se tiene el sexo en el cerebro. Siempre pensamos en ello. La razón por la que estamos obsesionados con el sexo al estilo *voyeur* es porque conseguimos muy poca satisfacción del mismo y tenemos muy poca disciplina y conocimiento sobre cómo usarlo.

Todo placer conlleva un método de afirmación y de integración con el resto de las cosas. Hay formas de alcanzar lo que en potencia es la mayor de las delicias: el sentido de lo divino, el sentido de trascender el abismo entre el individuo y el universo eterno. Si atrapas el placer y lo experimentas, pero no haces nada con él o no estás preparado para el mismo, lo más probable es que tengas problemas. Por esa razón, las substancias psicodélicas, los productos químicos derivados de las plantas divinas, son peligrosas. Eso es indiscutible. Especialmente con substancias como el LSD, que producen sus efectos tomando solo una pequeñísima cantidad. Si te quieres emborrachar con cerveza, tendrás que tomar bastante y el estómago tiene un límite para la cantidad que puede ingerir en una tarde. Pero con substancias mucho más potentes no tienes este tipo de limitación. La forma en que los nativos americanos toman el peyote hace que resulte bastante difícil de comer. Es nauseabundo, aunque lleguen a acostumbrarse. Has de masticar todo el cacto, por lo que hay un límite en lo que puedes tragar. Pero con los elixires altamente refinados no hay un límite evidente. Nuestra cultura está llena de completos idiotas que probarían cualquier cosa sin saber nada de ella. Tal como están las cosas actualmente en los Estados Unidos respecto a todo este asunto de las substancias psicodélicas hay semejante confusión que es

indescriptible.

A estas sustancias las llaman drogas, pero esta palabra no está claramente definida. No existe una división clara que se pueda trazar entre la droga y algo que se use en la comida, como las vitaminas. Un grupo de médicos y de abogados se reunieron no hace mucho para ver si podían establecer una definición legal de la adicción, es decir, de la dependencia de algún producto químico. Les sucedió que cada vez que les parecía estar a punto de dar con la misma, su definición también se podía aplicar a la dependencia de la comida. De modo que es algo muy difícil de definir.

Hay grandes diferencias entre los distintos tipos de productos químicos que producen cambios en la conciencia. Se puede decir que todos ellos son adictivos al menos en el sentido psicológico. Por ejemplo, supón que perteneces a una camarilla donde tomar LSD es de rigor y sabes que eso es lo que tienes que hacer. Pronto todos los miembros del grupo estarán comparando las veces que lo ingieren y las cantidades. Te involucras en ese juego de querer ser el primero. Esto es una estupidez porque prueba que estás siguiendo esta práctica simplemente para permanecer en el clan. Si te hubieras disciplinado en el uso de la transformación de la conciencia, pronto habrías descubierto lo absurdo que es pertenecer a un grupo. Este no es más que uno de los muchos ejemplos de cómo los individuos y los grupos de personas se vuelven psicológicamente dependientes de las drogas.

Hay otras sustancias mucho más adictivas en el plano físico. Los opiáceos, por ejemplo, provocan graves síndromes de abstinencia si no los estás tomando continuamente. Sin embargo, este no es el caso de la mayor parte de las sustancias utilizadas con este fin. La mayoría de las sustancias empleadas para expandir la conciencia no son narcóticas. La palabra narcótico significa que induce al sueño o que es soporífero, y los narcóticos apagan o enturbian los sentidos. El alcohol, en la cantidad suficiente, es un narcótico. Al igual que el opio. Se utiliza para calmar el dolor y el derivado del opio, la morfina, es un narcótico en el sentido más estricto de la palabra.

No obstante, las substancias como la mescalina, que es el derivado del peyote o una síntesis química del mismo, no son un narcótico. El LSD no es un narcótico. La psilocibina de la seta no es un narcótico y el cánnabis tampoco. Estas sustancias hacen algo muy distinto a inducir al sueño. Tienden a producir un peculiar estado de vigilia y un aguzamiento de la conciencia en lugar de ofuscarla. De modo que no se han de colocar en la misma categoría que los verdaderos narcóticos.

Los narcóticos también son adictivos. El alcohol es adictivo, al igual que los opiáceos. Se puede llegar a ser físicamente dependiente de ellos y solo con gran dificultad puedes desengancharte. Lo mismo sucede con el tabaco. Es muy difícil para un fumador adicto abandonar el hábito. Sin embargo dudo que el tabaco sea realmente un narcótico en el sentido de que induzca al sueño.

Nuestros organismos estatales absurdamente paranoides en cincuenta años

todavía no han aprendido la diferencia entre las drogas narcóticas y no narcóticas. Tampoco han aprendido a manejar estos problemas. A pesar de las lecciones de la prohibición, las autoridades todavía piensan que la única forma de manejar los narcóticos peligrosos es sencillamente suprimiéndolos, sin darse cuenta de que esto los hace todavía más atractivos. También crea un tremendo problema de delincuencia que, sin la prohibición de las drogas, no existiría. Es muy difícil suprimir del todo estas cosas. Puedes conseguirlo hasta cierto punto, puedes atrapar a unos cuantos desgraciados y utilizarlos para aplicar castigos ejemplares metiéndoles en prisión durante un montón de años, pero esto no es más que quedarse en la superficie. Cuando algo ilegal es muy popular, no hay forma de suprimirlo porque todos los hoteles de los Estados Unidos no bastarían para encarcelar a los criminales. Esta estrategia no ha funcionado nunca. Nunca llegaré a entender por qué no aprende la gente de la historia.

Cuando las personas son conscientes de que hay una inmensa variedad de cosas que producen efectos psicodélicos, el problema empeora. Concretamente con substancias como el LSD que se pueden comprimir hasta tal punto que detectarlas es prácticamente imposible. En el momento en que estas substancias se convierten en algo ilegal —algo de lo que el crimen organizado puede sacar un buen provecho— las posibilidades de manipular el mercado son enormes. Lo que es verdaderamente ilegal es la prohibición de las drogas. Nunca hemos llegado a entender ese control, no vemos la diferencia entre autocontrolarse y autoestrangularse. En otras palabras, una persona que conduce con control, con seguridad no será la que no tiene coche o la que lo tiene siempre guardado en el garaje. Un bailarín controlado no será el que nunca baile. El control de las cosas no es la supresión de las mismas, sino su uso razonable y apropiado. Esto todavía no ha entrado en la mente de las autoridades.

No se puede suprimir la fascinación y la curiosidad del ser humano por los estados de conciencia fuera de lo normal. Estas cuestiones siempre le atraerán e intentará alcanzarlas. No importa lo que pienses, si es bueno o malo; se hará de todos modos. Actualmente, por ejemplo, si las personas quieren experimentar con el LSD o la mescalina o con cualquier otra cosa que altere la conciencia, se encuentran en una situación ridícula. Ni siquiera pueden pagar a un psiquiatra para que les atienda mientras lo hacen, porque eso sería ilegal. Entonces no tendrán a un psiquiatra o a una persona experimentada a su lado. Lo probarán estando ellas solas sin estar preparadas y se pondrán en peligro, porque las drogas, bajo circunstancias desfavorables y cuando son utilizadas por personas que no están equilibradas psíquicamente, pueden producir prolongados brotes de psicosis. Estas sustancias pueden proporcionar muchos problemas. Pero lo peor es que como cultura no estamos preparados para el uso controlado de estas sustancias. Esta es la razón por la que hay tanto pánico y por lo que nuestro método actual de hacer frente a las drogas probablemente sea peor que permitir su libre circulación.

En ningún momento abogaría por la libre circulación de estas sustancias de modo

que cualquiera que entrara en una farmacia pudiera comprarlas, pero creo que sería mejor que la supresión total de las mismas, porque es menos destructivo. Lo que no sabemos es cómo aplicar el control adecuado sobre la transformación de la conciencia humana a través de medios relativamente sencillos porque no tenemos clara la función de estas sustancias químicas o el papel adecuado del médico. Esto es algo que quiero tener en cuenta.

Antiguamente no existía una distinción clara entre los sacerdotes y los médicos. Una persona podía ser principalmente un sacerdote y en segundo lugar un médico. Con el tiempo las funciones del sacerdote y del médico se empezaron a separar. La llegada de la medicina científica se opuso a la iglesia y, por consiguiente, los sacerdotes no se inclinaron por su práctica. Los practicantes de la medicina científica, al no ser sacerdotes, se separaron de las profesiones religiosas. A medida que en Occidente se fue desarrollando la medicina, la mayor preocupación del médico pasó a ser evitar que la gente muriera —ser un sanador— y la función de cuidar de la muerte se dejó para el sacerdote y el pastor. De modo que cuando un médico, al tratar a un paciente, abandona la esperanza de salvarle la vida, este ya no es de su competencia. Ya no sabe qué hacer una vez llegado a este punto y por eso se llama al sacerdote.

El trabajo de un médico siempre es curativo. En todas sus acciones se opone a la muerte y la considera como a una enemiga. Por supuesto, no todos los médicos son iguales, pero sí lo es la ética médica y la de los médicos en general. Esto significa que las personas con enfermedades terminales son torturadas —salvo que exista un buen motivo para ello, pero a pesar de todo son torturadas— al ser mantenidas con vida en un estado de casi momificación. Hemos llegado a creer que mientras hay vida, hay esperanza, y que en los próximos días tendrá lugar algún sorprendente descubrimiento médico que curará a los terminales. Sería una vergüenza dejarles morir sin que recogieran el fruto de dicha cura. Por supuesto, siempre puede suceder.

De modo que el hecho de que un médico, en general, ya no tenga nada que hacer ante la muerte ni sepa qué hacer con ella, tiene una relación muy importante con otro aspecto del comercio médico: no sabe qué hacer con las sustancias químicas o drogas cuya función no es la de curar una enfermedad. De alguna manera, todas las drogas que expanden la conciencia tienen alguna relación con la muerte porque, tal como señaló Jung, todas las disciplinas espirituales son preparaciones para morir. Toda disciplina espiritual conlleva una forma de muerte —que se denomina «morir para uno mismo» o lo que los cristianos llaman «morir diariamente»— y esto se identifica con la crucifixión de san Pablo, en sus famosas palabras: «Soy crucificado con Cristo, sin embargo vivo. Pero no soy yo, pues es Cristo quien vive en mí». El también utiliza la frase «ser bautizado en la muerte de Cristo». Este es un lenguaje muy curioso para nuestra mente moderna. Sin embargo, es bastante común en todas las disciplinas espirituales que hayas de morir en plena vida. Vuelves a nacer por segunda vez y esa muerte se refiere a la muerte del ego.

Vives más allá del estado de conciencia en el que pensabas que solo eras un

aislado centro de conciencia individual. Esa visión desaparece y en ese sentido has muerto.

Las disciplinas espirituales suelen utilizar como ayuda la contemplación de la muerte. Actualmente pensamos que es algo bastante macabro, pero los monjes solían tener calaveras en sus escritorios y los budistas meditan en los cementerios. Los yoguis hindúes meditan al lado de las piras funerarias en las orillas del Ganges, donde siempre se enfrentan a la muerte, conscientes de que también les llegará su turno.

Gurdjieff dijo una vez: «si hay algo que pueda salvar a la humanidad de su idiotez, sería el reconocimiento más claro posible por parte de todos los seres humanos de que no cabe duda de que morirán». Cuando esta idea está muy clara en tu mente, la sorpresa se convierte en una fuente de intensa dicha y vitalidad. Cuando has aceptado tu propia muerte en medio de tu vida, significa que te has dejado ir y, por lo tanto, que eres libre. Ya no te consume la preocupación y la ansiedad, sabes que de todos modos no te vas a librar, por lo tanto no es necesario estar siempre luchando para protegerte. ¿Qué sentido tiene? No es que las personas se pasen la vida haciendo algo para protegerse, como contratar un seguro de vida o comer adecuadamente. Más bien lo que sucede es que lo que hacemos no da ningún fruto: la constante preocupación interna no conduce a nada salvo a más preocupación. Esto es lo que abandona una persona que realmente sabe que estamos muertos. ¿Ves cómo ese trascenderse a uno mismo, más allá del ego, es la gran preparación para la muerte?

Ahora bien, si la profesión médica adopta la postura del ego contra la muerte —se opone a la muerte y la considera como el mal supremo—, el médico realmente está fuera de lugar al lado de un moribundo. Tampoco está preparado para manejar drogas que no están diseñadas para curar enfermedades tal como las definimos normalmente.

Pero ¿qué le sucede realmente a alguien que desarrolla un estado mental que no se considera psicológicamente normal? A veces se llama a un sacerdote, aunque hoy en día muy pocas personas, ni siquiera los cristianos que van a la iglesia, se toman en serio a los curas. Cuando, en una buena familia cristiana, alguien da muestras de padecer un trastorno mental, rara vez se llama al sacerdote. Se llama a un psiquiatra. ¿Por qué? Porque es un científico y en nuestra cultura, el científico goza de mejor reputación en cuanto a sus poderes mágicos que los sacerdotes o los pastores. Solo llamamos al sacerdote cuando ya no tenemos esperanza.

En general se acude a los sacerdotes católicos y anglicanos para tratar con la muerte. Ellos saben lo que tienen que hacer y vienen sin problemas, con el libro abierto en la página correspondiente y proceden a administrar los últimos sacramentos. Está muy bien, porque ese es un hombre que sabe lo que hay que hacer y no se inmuta ante la muerte. Eso, de por sí ya es una influencia tranquilizadora. Sin embargo, mucha gente siente que esa no es realmente la forma de enfrentarse a la muerte, porque no entiende esos últimos rituales. Si se llama al sacerdote solo en un momento de desesperación, eso da a entender que este tampoco tiene mucho poder. Puede que tenga poder para hacer algo con el Señor y el más allá, pero es muy

dudoso que sea eficaz en este mundo.

En tales circunstancias, tanto sacerdotes como médicos adoptan otra visión ante la muerte y vuelven a descubrir el hecho primordial de que la vida sin la muerte no tiene valor. La muerte, tal como señaló Norman Brown en su libro *Life Against Death*, «es lo que nos confiere la individualidad». Son los límites en el tiempo los que nos constituyen, así como los límites en el espacio. Por consiguiente, la muerte siempre oscurece toda nuestra vida y esta no tendría sentido si no tuviera la muerte para compensarla. La vida y la muerte son la inhalación y la exhalación, la ida y la venida, lo que sube y lo que baja. Son interdependientes. La muerte es algo muy importante y valioso que se ha ocultado bajo la alfombra.

Entonces, en una cultura en que sacerdotes y médicos se han separado tanto, el repentino estallido de sustancias sacramentales resulta embarazoso para ambos. Es violento para el sacerdote por muchas razones. Supongamos que dijéramos que las sustancias psicodélicas no son de la competencia de los médicos ni de los psiquiatras, sino del clero. Todo el mundo se echaría las manos a la cabeza diciendo: «Estas personas no tienen una formación científica. No saben nada de neurología. No saben nada de los efectos sutiles de estas sustancias en el organismo humano. ¿Cómo pueden ser ellas las responsables?». Y, sería cierto. El clero no tiene una formación en el campo de la neurología, así que peor para ellos.

Por otra parte, los psiquiatras y psicólogos, salvo raras excepciones, no tienen ninguna formación en teología. Cuando muchos de ellos hablan sobre este tema demuestran su gran ignorancia en la materia.

Así que el asunto se queda justo entre las dos escuelas. Aunque sean personas con talento que entiendan de estas cosas, no existe ningún tipo de persona que se pueda denominar, por ejemplo, teobotánico o teoneurólogo. Hemos de ver el desarrollo de estas profesiones. Hasta que no sea así, nos encontraremos en una difícil situación.

Qué hacer con las drogas o las sustancias químicas que no parecen tener como función principal curar enfermedades físicas, plantea un problema interesante. En ese sentido estas sustancias son medicinas, más que dietas. Una medicina es algo que necesitas cuando algo no funciona bien, mientras que una dieta es aquello con lo que vives. (Como es lógico, las correcciones en la dieta pueden tener un efecto medicinal).

Pero no cabe duda de que podemos decir que un mundo que se funda en una conciencia egocéntrica está gravemente enfermo. Todos sabemos por qué y podemos ver a nuestro alrededor que estamos delirantemente locos y que estamos preparando nuestra propia destrucción. Esta es una enfermedad que necesita algún tipo de remedio, quizás hasta un remedio extremo. El uso de sustancias que nos hiciera salir de esta situación egocéntrica se podría considerar una medicina para un trastorno social.

Una vez más quiero hacer hincapié en que esas sustancias deberían usarse como medicinas en el sentido de que no deberían convertirse en dietas. De este asunto, todo

el mundo habla por experiencia propia, pero yo he descubierto que no es el tipo de cosa que puedas tomar muy a menudo, con la regularidad con la que irías a la iglesia. Es algo que puedes tomar varias veces en dosis que disminuyan gradualmente. Aparte de eso, de uno depende integrar su visión en la vida cotidiana.

Sin embargo, hay otras personas que piensan que lo mejor es empezar con poco y seguir con ello, tomando dosis cada vez mayores, como si estuvieran buscando algo que se encontrara al final de la línea. Pero entonces se convierte en una dieta y eso es aferrarse a la medicina. A los médicos no les gusta que te enganches a la medicina porque la meta de un buen doctor es deshacerse de ti como paciente crónico. No quieren que la gente se les enganche y tenerla siempre encima en busca de ayuda. Lo que pretenden es que te repongas y ese es un gran principio.

En este ámbito, el médico realmente sí que tiene algo que decirle al sacerdote porque los sacerdotes, en general, intentan que siempre vayas a la iglesia para que pagues tus cuotas y esta prospere. Así que cuanta más gente se enganche a la religión, mejor. Los sacerdotes deberían aprender de los médicos e intentar deshacerse de la gente explicándole el evangelio, o lo que sea que tengan que explicar, y luego diciéndole: «Ahora que ya lo tienes ya te puedes marchar». Si los sacerdotes hicieran eso, crearían un vacío que se estaría llenando continuamente. Cuanto más rápido se deshace un médico de sus pacientes, más pronto dicen estos a los demás: «Este hombre me ha curado. No he tenido que volver» y más gente acude a él. Siempre hay personas enfermas. El religioso debería hacer lo mismo con las personas que acuden a él, dejar que vengan y que luego se marchen. Entonces realmente estaría trabajando. Lo que no debería permitir es que estas se engancharan a la medicina de la iglesia.

Hay una expresión latina que dice: «la cruz es la medicina del mundo». Pero la gente se engancha a la cruz. Jesús no se enganchó a ella. Según la mitología cristiana, Jesús resucitó al cabo de unos días, aunque solo fuera durante un tiempo. Del mismo modo, si los cristianos creyeran realmente en el significado profundo de la doctrina, tampoco se quedarían colgados de la cruz, sino que la acogerían temporalmente. «Soy crucificado con Cristo, pero vivo».

De modo que cuando se trata del uso de alguna técnica espiritual para el despertar, ya sea yoga, LSD o religión, se ha de aprender algo del símbolo de la balsa del Buddha. El Buddha comparaba su método —su *dharma*— con una balsa. Este también se llama *yána* o vehículo, de ahí el *maháyána*, o gran vehículo, y el *hinayána*, o pequeño vehículo. La balsa te lleva al otro lado del río: esta orilla es el nacimiento y la muerte, y la otra es la liberación o *nirvana*. Si montas en la balsa y cruzas a la otra orilla, cuando ya has llegado la abandonas.

El budismo zen utiliza una técnica con el mismo fin: el *koan*, o acertijo para meditar. Es como llamar a una puerta con un ladrillo. Cuando esta se abre ya no lo necesitas, no te lo llevas dentro. Lo dejas atrás.

Cada una de estas técnicas es un medio, *upaya*, y cada una de ellas tiene como fin la liberación del medio. Los místicos cristianos hablan del estado más elevado de

contemplación o unión con Dios, como una unión sin medios. Incluso yo extendería el significado de la palabra *medios* a éxtasis. Es decir, en las grandes tradiciones religiosas, el éxtasis no es un estado final, sino intermedio. Por ejemplo, en el zen, cuando llega la experiencia de *satori* o despertar, hay un sentimiento de éxtasis. Sientes como si estuvieras flotando en el aire, totalmente libre. Eres tan feliz como una alondra, y es maravilloso. Pero eso en sí mismo solo es un incidente.

Un proverbio zen dice: «el monje que experimenta un *satori* va al infierno tan directo como una flecha». En otras palabras, tenerlo es aferrarse a él, y aunque pienses que el éxtasis es lo importante, no es así. El éxtasis es un estado intermedio que te devuelve al estado en que puedes ver que la vida cotidiana —tu mente ordinaria, como dicen en el zen— es la mente del Buddha. La vida ordinaria, tal como es, es algo grande, y no hay diferencia entre ella y la vida divina.

Sin embargo, mientras pienses que existe un estado de cosas en que de lo más grande puedes decir «ya lo tengo» —ya sea Dios, el *nirvana*, Brahma, el Divino, el Tao—, es que no lo tienes. En el momento en que lo contemplas como una especie de objeto, como una clase de estado o de cosa que puedes poseer, lo estás expulsando de ti mismo. Lo único que no puedes atrapar con tus manos eres tú mismo. Nunca lo descubrirás, ni en un millón de años y ni siquiera descubrirás quién es ese que quiere descubrirlo. Quienquiera que desee descubrir quién es, nunca lo conseguirá. Esa es la cuestión. Es lo más cercano a ti mismo, tal como dijo Francis Thompson: «más cercano que tu respiración, que tus manos y tus pies».

Lo que es de vital importancia para ti es eso que no puedes convertir en objeto de conocimiento y al final llegas a la conclusión de que no has de tener nada, porque ya eres eso. Ni siquiera has de insistir en que lo eres, porque si lo hicieras, dudarías de ello y tendrías que ir diciéndote a ti mismo: «tranquilízate y sabe que eres Dios». Pero eso es para principiantes. Cuando llegas al final, ya no queda ningún rastro. No quedan medios, ni métodos, ni posesión. Ni meditación, ni LSD —nada—, porque sencillamente es como es.

En resumen: en el análisis final todos los despertares espirituales conllevan algo que trasciende la voluntad y el ego. No puedes hacerlo por ti mismo, de modo que no importa mucho lo que utilices para llegar allí. Algunos medios son más fáciles que otros. Es más sencillo usar la teobotánica, una planta divina, que golpearte la cabeza contra una pared. Pero con esa facilidad también corres el peligro de olvidarte de la disciplina que acompaña a ese medio. Si te golpeas la cabeza contra una pared, al menos te aseguras de que conoces el peligro que conlleva antes de que suceda nada. La disciplina es relativamente fácil de seguir. Tal como dijo Aldous Huxley una vez: «insistir en usar los medios más arduos para alcanzar un estado místico, es como quemar tu granja cada vez que quieres asar un pollo». Nuestro problema es que no tenemos a nadie que integre el papel del sacerdote y el del médico, y la división de estas dos funciones ha empobrecido a ambos. Por lo tanto, no hay nadie realmente competente para tratar con la muerte o con la preparación para la muerte, y eso nos

crea un conflicto.

Por último, quiero recordar que el peligro más sutil en todas estas cuestiones —yoga o métodos químicos— es la búsqueda del éxtasis y el no saber cómo trascenderlo ni cómo contemplar la divinidad como algo que poseemos personalmente.

LA FILOSOFÍA DE LA NATURALEZA

Contrariamente a la creencia popular, los estadounidenses no son materialistas, tal como ya he dicho antes. No somos personas que nos guste lo material y en general nuestra cultura está dedicada a transformar lo material en basura lo antes posible. ¡Dios posee su propio vertedero! Por lo tanto, es una lección muy importante para una nación rica —y los estadounidenses somos inmensamente ricos en comparación con el resto del mundo— ver lo que le sucede a la materia en manos de las personas que la aman.

Se podría decir que en Japón y en China impera, hasta cierto punto, una filosofía subyacente de una especie de materialismo espiritual. En Oriente no existe el divorcio entre el espíritu y el cuerpo, entre el espíritu y la materia, entre Dios y la naturaleza, que existe en Occidente. Por consiguiente, no hay el mismo tipo de desprecio por las cosas materiales.

Nosotros contemplamos la materia como algo que se interpone en nuestro camino, algo con limitaciones que se ha de suprimir lo antes posible. Tenemos excavadoras y todo tipo de máquinas para derrumbar la materia y nos gusta hacerlo lo mismo que nos gusta aniquilar el tiempo y el espacio. Hablamos de matar el tiempo y de ir de un sitio a otro lo más deprisa posible.

Esta es una de las grandes dificultades a las que se enfrenta Japón. ¿Qué le va a pasar a Japón cuando se convierta en un lugar idéntico a California? Puedes tomar un tranvía para ir de una punta a otra de la ciudad, y seguirá siendo la misma ciudad. Si tomas un jet para ir de una ciudad a otra, ambas se convertirán en el mismo lugar. Para proteger al mundo de que se convierta en un Los Angeles, en Estados Unidos hemos de aprender a disfrutar de la materia y a ser verdaderos materialistas, en lugar de explotadores de la misma. Esta es una de las razones principales de conocer la filosofía de Extremo Oriente y cómo se relaciona con nuestra vida cotidiana, con la arquitectura, los jardines, los cuadros y los rituales como la ceremonia del té.

Para todo esto es básica la filosofía de la naturaleza. La filosofía japonesa de la naturaleza probablemente tenga sus raíces en la filosofía china sobre la misma, de modo que empezaremos por ahí.

Voy a descubrir el asunto desde el principio: la suposición básica subyacente a las culturas de la India, Indonesia y Extremo Oriente es que todo el cosmos, todo el universo es un ser. No es una recopilación de muchas cosas que flotan juntas como los restos de un naufragio desde los confines del espacio y que acabaron uniéndose formando esto que denominamos universo. Los orientales ven el mundo como una actividad eterna y ese es el único «yo» real que tenemos. Somos la obra y eso que llamamos Yo, el denominado «organismo-separado», es simplemente una manifestación de todo el compendio. Esto no es solo una teoría, es un sentimiento que ellos comparten.

Los grandes maestros de Extremo Oriente y de la India, en cualquier esfera que se

encuentren, comparten este sentimiento de que eres esa cosa que siempre ha sido, es y será. Esa cosa eterna está interpretando los juegos denominados «Sr. Tocano», «Sr. Lee» o «Sr. Mukapadya». Estos son sus juegos especiales, al igual que está el juego del pez, el de la hierba, el del bambú y el del pino. Todo ello son formas de decir: «¡Hola! ¡Mírame! ¡Estoy aquí! ¡Soy yo!». Y todo interpreta una danza, solo que lo hace de acuerdo a su propia naturaleza y a la de la danza. El universo es fundamentalmente todas estas danzas, ya sean humanas, de peces, de pájaros, de nubes, del cielo o de las estrellas. Todos son una danza o bailarín fundamental. En chino no se diferencia el nombre del verbo, del mismo modo en que lo hacemos nosotros. Un nombre se puede convertir en un verbo y un verbo en un nombre. ¡Eso es una cultura civilizada!

En primer lugar, en la cultura oriental una persona iluminada es aquella que sabe que su denominada «personalidad separada», su ego, es una ilusión. Ilusión no significa que sea algo malo, sencillamente que es un juego. La palabra ilusión procede de la raíz latina *ludere* y esta significa jugar. La palabra sánscrita *maya*, significa ilusión, también magia, habilidad, arte. Este concepto sánscrito llega a Japón a través de China mediante la transmisión del budismo.

En India e Indonesia se ve al mundo como *maya*, o como a veces es denominado en sánscrito, *lila*, que también significa jugar. De modo que todas las manifestaciones individuales son juegos, danzas, sinfonías y formas musicales de todo este espectáculo.

Pero la naturaleza, tal como se usa esta palabra en Oriente, no significa exactamente lo mismo que en Occidente. En chino, la palabra que significa naturaleza es *tse-jam* y está hecha de dos caracteres. El primero significa «por sí mismo» y el segundo «de esta manera». ¿Qué es lo que es de esta manera por sí mismo?

Es una idea bastante difícil de traducir al inglés. Podemos decir «automático», pero eso sugiere algo mecánico. Es algo que es por sí mismo de esta manera —lo que sucede, sucede de forma natural—. Es el mismo sentido que nosotros damos a la palabra naturaleza en la medida en que se refiere a ser natural, actuar de acuerdo con nuestra naturaleza, no luchar por las cosas, no forzar nada. Cuando te crece el pelo, crece sin decir que lo hace y no tienes que forzarlo a que lo haga. Del mismo modo, tus ojos, ya sean azules o marrones, se tiñen a sí mismos y no les dices cómo han de hacerlo. Cuando te crecen los huesos lo hacen de cierta forma, y lo hacen por sí mismos.

Recuerdo a un maestro zen que me enseñó en Nueva York. Era un hombre encantador que se llamaba señor Sasaki. Una tarde estaba sentado vestido con sus hábitos dorados, en una silla muy formal tipo trono y con un abanico en la mano. Sostenía uno de esos espantamoscas hecho de cola de caballo blanco. Tenía un aspecto muy digno, había incienso quemando en la mesa que tenía delante. Había un pequeño escritorio y sobre él estaba una de las escrituras que él comentaba. «Toda la

naturaleza no tiene ningún propósito. El sin propósito es el principio más fundamental del budismo; el sin propósito. Ah, cuando te tiras un pedo, no dices “A las nueve en punto me tiré un pedo”, sencillamente pasa», dijo él.

En esta idea de la naturaleza es fundamental tener presente que el mundo no tiene jefe. Esto es muy importante, especialmente si quieres comprender el Shinto. Nosotros traducimos *kami* o *shin* como Dios, pero no es Dios en ese sentido. Dios en el sentido más común de la palabra en Occidente significa «el controlador», «el jefe del mundo». El modelo que usamos para la naturaleza suele ser el del carpintero, el alfarero o el rey. Al igual que el carpintero hace una mesa con la madera, el alfarero crea una forma de la materia inerte o el rey dice al pueblo en qué orden se han de instalar y cómo se han de comportar, en la mente occidental está grabado creer que la conducta del universo responde al mandato de alguien, de alguien que lo entiende todo.

Cuando era pequeño, solía hacerle muchas preguntas a mi madre. A veces ella se hartaba de mí y me decía:

—Cariño, hay algunas cosas en esta vida que se supone que no hemos de saber.

—Bueno, ¿qué pasa con ello? ¿Lo sabremos alguna vez? —le respondía yo.

—Sí —contestaba ella—. Cuando te mueras y te vayas al cielo, Dios te lo aclarará todo.

Yo pensaba que quizás en las tardes húmedas del cielo, estaríamos todos sentados alrededor del trono y diríamos: «¡Oh, Padre celestial!, ¿por qué son verdes las hojas?». Y él respondería: «¡Por la clorofila!». Y nosotros exclamaríamos: «¡Oooh!».

Esa idea —del mundo como un artefacto— puede impulsar a un niño de nuestra cultura a preguntarle a su madre: «¿cómo he sido hecho yo?». La pregunta parece muy natural, de modo que cuando se le explica que ha sido Dios quien le ha hecho, el niño puede seguir preguntando: «pero ¿quién ha hecho a Dios?».

Sin embargo, no creo que un niño chino haga la pregunta: «¿cómo he sido hecho yo?». Eso es porque la mente china no ve el mundo de la naturaleza como algo manufacturado, sino como algo que ha surgido. En chino el carácter que representa «llegar a ser» se basa en el símbolo de una planta que crece, y crecer y hacer son dos cosas distintas. Cuando haces algo, unes piezas o coges un trozo de madera y lo tallas, trabajas gradualmente de fuera hacia dentro, cortando hasta que obtienes la forma que deseas.

Pero cuando observas crecer algo, no es así. Por ejemplo, si ves una película a cámara rápida del crecimiento de una rosa, verás que el proceso va de dentro hacia fuera. Es como si algo se expandiera desde el centro. Lejos de ser algo que se añade a las partes, toda ella se mueve al unísono y crece de sí misma de golpe. Lo mismo sucede cuando ves la formación de los cristales o el revelado de una placa fotográfica. De pronto, en toda la zona de la placa, en todo el campo, aparece la foto.

El mundo como organismo autogenerado no obedece ninguna ley según nuestro sentido de «leyes de la naturaleza» y en la filosofía china no hay diferencia entre el

Tao (en japonés, *do)*, la forma de ser o el poder de la naturaleza y las cosas que hay en ella. Se dice que todo tiene su propio Tao, según el cual todo actúa de acuerdo con su propia naturaleza. Por supuesto, aquí estoy usando «naturaleza» en el sentido del carácter o cualidades de una cosa y no como algo distinto al ser humano.

Cuando removemos el aire con un abanico, no es que simplemente el aire obedezca al abanico. Ni siquiera tendría un abanico en mi mano a menos que hubiera aire alrededor. De modo que a menos que haya aire, no puede haber abanico. El aire hace que exista el abanico, del mismo modo que el abanico hace que exista el aire. Puesto que los taoístas ven la unidad que implica la interdependencia de las cosas, no piensan en ellas como algo que siempre está obedeciendo, como amos y esclavos, señores y sirvientes.

Lao-tzu, que se supone que fue el autor del *Tao Te Ching*, el libro principal de la filosofía taoísta, se dice que vivió en China por los tiempos de Confucio. En su libro escribió: «El gran Tao fluye por todas partes, de izquierda a derecha. Ama y nutre a todas las cosas, pero no es su amo. Y cuando se han conseguido premios, no los reclama». Es probable que este libro en realidad fuera una recopilación de la sabiduría de su época. Si así es como funciona la naturaleza, ¿por qué no también el gobierno? Dejando que todo siga su curso, el hombre o la mujer hábil —y también el gobernante hábil— interfiere lo menos posible en el curso de las cosas.

Por supuesto, por las razones expuestas no puedes ayudar sin interferir un poco. Cada vez que miramos algo, lo cambiamos. Tu propia existencia es, de algún modo, una interferencia, y si te consideras como algo separado del resto del mundo, pensarás en términos de interferencia y de no-interferencia. Pero si sabes que no estás separado de él, que perteneces tanto a la naturaleza y formas tanto parte de ella como el viento o las nubes, entonces ¿quién es el que interfiere?

El mismo principio se puede ver en el concepto de que la vida se vive mejor cuando se navega a vela que cuando se rema. Es más astuto navegar a vela que remar. Con los remos he de usar mis músculos y esfuerzo para moverme por el agua. Pero con la vela dejo que el viento haga ese trabajo. Y todavía demuestro más mi habilidad cuando aprendo a cambiar de bordada y utilizo el viento para navegar en su contra.

En ese equilibrio de participación se basa toda la filosofía del Tao. En chino se denomina *wu wei; wu* es «no» y *wei* es «esfuerzo». *Mui* es la versión japonesa de este concepto. En japonés, *mu* significa lo que en chino *wu* y por eso en este contexto se convierte en *mui*, diferenciándose de *ui*. *Ui* significa usar el esfuerzo, es decir, ir contra corriente, forzar las cosas, de modo que los dos juntos significan no ir contra corriente, es decir, fluir. Si viajas por Japón, en todas partes verás a tu alrededor ejemplos de *mui*, del manejo inteligente de la naturaleza para fluir con ella en vez de ir en su contra.

Por ejemplo, el famoso arte del judo se basa totalmente en este principio. Cuando eres atacado, sencillamente no te opones a la fuerza que se utiliza contra ti. Vas en la misma dirección del ataque y lo conduces a su propia caída. Es la misma estrategia

que utiliza el sauce para sobrevivir al invierno. Cerca tiene a un pino muy fuerte con una robusta rama que se extiende y dobla sus músculos. La nieve se apila sobre ella y su indomable rama sostiene un inmenso peso. Al final se quiebra. Sin embargo, el sauce tiene unas ramas flexibles y elásticas, cuando les cae encima un poco de nieve, estas se doblan hacia abajo. La nieve salta y las ramas vuelven a subir.

Lao-tzu dijo: «El ser humano es flexible y tierno cuando nace. Pero al morir está rígido y duro. Las plantas, cuando son jóvenes son suaves y flexibles. Pero cuando mueren son quebradizas y duras. De modo que la flexibilidad y la ternura son características de la vida y la rigidez y la dureza lo son de la muerte». Hizo muchas referencias al agua y dijo: «De todas las cosas del mundo, nada es más suave que el agua y sin embargo desgasta hasta las rocas más duras. Además, el agua es humilde, siempre busca el nivel más bajo que los hombres aborrecen. Pero al final, el agua vence a todo aquello que se encuentra en su camino».

Si observas el agua cuando toma el curso de la menor resistencia verás, por ejemplo, que al verterse en el suelo forma como dedos. Algunos de ellos se detienen, pero otros continúan porque han encontrado un nivel más bajo. Ahora bien, puedes decir: «¡Pero eso no es el agua! El agua no hizo nada. Son solo los contornos de la tierra y debido a ellos, ¡el agua va a donde la tierra la hace ir!» pero vuelve a pensar. ¿No es también la naturaleza del agua la que la hace avanzar?

Nunca olvidaré que una vez, cuando estaba fuera, en el campo, me cayó un vilano[6] de cardo encima. Vino hacia mí y al extender un dedo se me enganchó uno de sus filamentos. Entonces se comportó como una típula[7], cuando atrapas a una por una pata lucha por liberarse. Bueno, esa cosita actuó de la misma manera y yo pensé: «es el viento el que hace esto, aunque parece que sea el vilano del cardo». Pero luego volví a pensar: «sí, es el viento, pero también es el vilano que ha tenido la inteligencia de crecer así y usar el viento para que le ayude a liberarse». Esa pequeña estructura del vilano muestra una gran forma de inteligencia, al igual que el edificio de una casa que sigue los contornos de la tierra es una manifestación de un alto grado de inteligencia humana. Pero el vilano está usando el viento en lugar de la cuesta.

Del mismo modo, el agua utiliza las formas de la tierra para liberarse. El agua no es materia muerta. No es empujada hacia los sitios. De hecho, según la visión china de la naturaleza nada es empujado hacia ninguna parte. Lo que ellos quieren decir con naturaleza es algo que sucede espontáneamente, que no tiene jefe. Nadie da órdenes y nadie obedece. Esto conduce a una concepción totalmente diferente de la causa y el efecto. La causa y el efecto se basan en las órdenes. Cuando dices «algo hizo que esto sucediera», estás diciendo que sucedió por lo que había pasado antes. Pero los chinos no piensan así. Su concepto que cumple la función de nuestra idea de la causalidad, se denomina «emergencia mutua».

Pongamos como ejemplo la relación entre la parte posterior y anterior de una cosa. ¿Es la parte posterior la que origina la anterior o es a la inversa? ¡Qué pregunta más absurda! Si las cosas no tienen una cara anterior, tampoco pueden tener una

posterior. Si no tienen una parte posterior, no pueden tener una anterior. El delante y detrás siempre van unidos; es decir, se originan juntos. Así, de la misma manera que la parte de delante y la de detrás surgen a la vez, la filosofía taoísta ve que todas las cosas de este mundo surgen al unísono.

Esto recibe el nombre de la filosofía de la interpenetración mutua —en japonés, *gigi muge*— y se remonta en la historia a la idea china sobre la naturaleza. Vamos a plantearlo de una forma muy sencilla: supongamos que nunca has visto un gato y que un día estuvieras mirando por la ranura de una valla y vieras a un gato que pasaba por ahí. Primero verías su cabeza. Luego un intervalo con algo velloso nada especial y por último la cola. Entonces exclamas: «¡Maravilloso!». El gato se gira y vuelve hacia atrás. Ves la cabeza y después del intervalo, la cola. Puede que digas: «¡Dios mío! ¡Es increíble! La cabeza provocó la cola». El gato se gira de nuevo y camina hacia atrás, y vuelves a ver la cabeza y luego la cola. Así que piensas: «Esto tiene cierta regularidad y debe haber un orden en este fenómeno. Cada vez que veo la cosa que he denominado cabeza, veo lo que he etiquetado como cola. Por consiguiente, cuando hay un acontecimiento al que llamo "cabeza" a este le sigue invariablemente otro al que denomino "cola". Es evidente que la cabeza es la causa y la cola el efecto».

Pensamos de ese modo respecto a todas las cosas. Pero si de repente la ranura de la valla se abriera, verías que la cabeza y la cola son todo el mismo gato. Al igual que todo lo demás que existe de forma natural, el gato nace con una cabeza y una cola. Exactamente de la misma forma, los acontecimientos que denominamos «separados» son en realidad uno solo. Pero lo fraccionamos para describirlo, al igual que decimos «la cabeza del gato y la cola del gato», aunque el gato es uno con su cabeza y su cola. Lo hemos partido en trozos para poder describirlo, pero luego nos hemos olvidado de lo que hemos hecho. Intentamos explicar cómo encajan las piezas, de modo que hemos inventado un mito llamado «causalidad» para explicar cómo encajan.

Troceamos el mundo en pedacitos según nuestra conveniencia intelectual. Sin embargo, nuestro mundo es ondulado hasta la médula y observarás cómo a la gente, aunque quiera mantener modelos de simetría como vemos en la mayoría de las casas, le encanta la ondulación en el jardín. La naturaleza es básicamente ondulada.

Recuerdo que de niño me preguntaba por qué las casas chinas tenían todas tejados curvos y por qué todas las personas del campo parecían más encorvadas que las de la ciudad. Al final, caí en la cuenta de que era porque ellos ven el mundo ondulado. Nosotros pensamos: «¿Qué podemos hacer con un mundo ondulado? ¡Hemos de enderezarlo!». Nuestra solución inicial siempre es tratar de enderezar las cosas.

De hecho las personas somos muy onduladas. Es solo porque todos nos parecemos mucho por lo que damos la impresión de ser regulares. Tenemos dos ojos, una nariz, una boca, dos orejas, etc. Parecemos regulares, entonces tenemos sentido. Pero si alguien nunca hubiera visto a una persona antes, podría preguntarse: «¿Qué es este fenómeno extraordinariamente ondulado? ¡Hay curvas por todas partes!».

Una de las cosas más onduladas de este mundo es un pez. Un día alguien descubrió que usando redes se podían pescar peces. Luego tuvo una idea mejor: se podía pescar al mundo en una red y utilizarla para dar sentido a un mundo ondulado. Pero ¿qué sucede si cuelgas una red delante del mundo y miras a través de ella? Puedes contar las ondulaciones diciendo, esta ondulación está tantos agujeros más arriba, esta otra tantos agujeros más abajo, esta tantos agujeros hacia este lado. Va desde tantos agujeros a la izquierda a tantos a la derecha. Pero ¿qué tienes al final? El resultado de este ejercicio es un cálculo. Tu red cuartea al mundo en pedazos contables.

Del mismo modo, un pedazo es un bocado de algo, como cuando te vas a comer un pollo, que no te lo puedes comer entero. Para comértelo lo has de cortar a trozos. Pero del huevo no obtienes un pollo listo para freír. El universo real tampoco tiene pedazos. Es todo una misma cosa, no es muchas cosas. Para poder digerirlo con nuestra mente, que solo piensa en una cosa cada vez, hemos de crear un cálculo. De modo que troceamos el universo y pensamos y hablamos de él por partes.

Puedes ver esta página completa, pero si quieres hablar de ella, has de hacerlo palabra por palabra, idea por idea, trozo a trozo.

De modo que para describir las cosas tenemos que entrar en detalles. Pero ¿cómo seleccionamos los detalles? Bueno, si no te das cuenta de lo que has hecho, que has «fragmentado» el mundo para poder pensar en él cuando en realidad no está dividido, es cuando tienes problemas. No solo tienes que explicar cómo es que los trozos van juntos, sino que para explicar cómo se relacionan entre sí te has de inventar todo tipo de fantasmas. Algunos de ellos se denominan influencias de «causa y efecto», que se utilizan para explicar las cosas. En realidad podrías preguntar: «¿cómo te influyo yo?». Pero ¿qué quiere decir eso realmente? Estas influencias —los fantasmas y espectros que vemos como cosas— solo existen si olvidamos el paso inicial de romper la unidad en pedazos para poder hablar de ella. Es decir, que forman parte de la ilusión.

Vamos a volver atrás; tenemos estos principios básicos que hemos de considerar. El mundo como naturaleza, que sucede por sí mismo, es considerado como un organismo vivo. No tiene un jefe porque las cosas no se comportan como si estuvieran respondiendo a algo que les empuja a moverse. Sencillamente se comportan y todo forma parte de una gran conducta. Sin embargo, si quieres contemplarlo desde ciertos puntos de vista, puedes verlo como si hubiera algo más que hiciera que pasaran las cosas, al igual que cuando mirábamos al gato a través de la ranura de la valla. Solo vemos las partes porque dividimos las cosas.

Esto puede hacer que nos preguntemos: «¿Es caótica la naturaleza en la filosofía china? ¿Realmente no existe ninguna ley?». No hay ninguna palabra en el vocabulario chino para describir las leyes de la naturaleza. La única palabra china que significa ley es *tse*, que es un carácter que representa un caldero con un cuchillo al lado. Se remonta a tiempos muy antiguos, cuando cierto emperador hizo leyes para la

gente. Hizo grabarlas en los calderos expiatorios, de modo que cuando las personas llevaran allí los sacrificios pudieran leer lo que había escrito en ellos. Pero los sabios, que en aquellos tiempos del emperador ya tenían una visión taoísta, le dijeron: «No deberías haber hecho esto, Señor, porque en el momento en que las personas sepan lo que es la ley, empezarán a ser problemáticas. Entonces dirán: “¿Realmente querías decir esto o más bien era aquello?”. Lo siguiente será que tendrás que buscar un argumento». Bueno el caso es que la naturaleza de la naturaleza, el Tao, es *wu-tse*, que significa sin leyes.

Pero aunque digamos que la naturaleza no tiene leyes, eso no quiere decir que sea caótica. La palabra china para orden en la naturaleza es *li*. En japonés es *li*. *Li* es una palabra curiosa que, en un principio quería decir «las marcas en el jade, la veta en la madera o la fibra en el músculo». Cuando miras el jade y ves las maravillosas marcas jaspeadas, sabes que no son caóticas, aunque no puedas explicarlas. Cuando miras los dibujos de las nubes o las burbujas de la espuma en el agua, son sorprendentes, porque nunca cometen un error de estética.

Mira las estrellas. No están ordenadas, más bien parecen estar esparcidas por los cielos como el agua de mar pulverizada por el viento. Nunca podrás criticarlas por no tener buen gusto, del mismo modo que tampoco puedes criticar a las cadenas montañosas por tener proporciones irregulares. Estos diseños son espontáneos y sin embargo son una muestra de los patrones irregulares de la naturaleza que son bien distintos de cualquier cosa que puedas tildar de caótica. No podemos señalar cuál es la diferencia entre ambos, pero sí que podemos ver la diferencia entre un estanque limpio y un cenicero lleno de colillas. Puede que no podamos definir la diferencia, pero sabemos que son distintos.

Sin embargo, si pudiéramos definir la belleza estética probablemente dejaría de ser interesante. Es decir, si tuviéramos una forma de atraparla y un método que automáticamente produjera grandes artistas —y que todo el mundo fuera a la escuela y se convirtiera en un gran artista—, el arte pronto se convertiría en la forma de expresión más aburrida. Pero, precisamente el no saber cómo se hace es lo que da al arte espontáneo un grado de excitación.

Así es también con la filosofía de la naturaleza. No hay fórmulas, no hay *tse* o reglas según las cuales pueda suceder todo esto. Y sin embargo, no hay desorden. Así que esta idea de *li* o patrón orgánico es la palabra que utilizan para el orden de la naturaleza. En lugar de nuestra idea de ley, donde las cosas obedecen a algo, no obedecen a Dios en el sentido de un gobernador. No siguen principios como un tranvía va por su carril.

¿Conoces ese verso humorístico sobre el tranvía?

Había un joven que dijo: «¡Maldita sea!
Pues realmente parece que soy
una criatura que se mueve

en determinados surcos.
¡Ni siquiera soy un autobús, sino un tranvía!».

De modo que la idea de los raíles de hierro, por los cuales transcurre la vida, no existe en Oriente. Esto explica ese humanismo que está tan presente en estas culturas. La gente del Extremo Oriente, especialmente de China y Japón, nunca se siente culpable. Se avergüenza por haber transgredido los requisitos sociales, pero no tiene el sentido de culpa que nosotros generalmente equiparamos al pecado. No sienten, al igual que con la idea del pecado original, que eres culpable porque le debes tu existencia al Señor Dios ¡aunque quizás has sido un error! No piensan de ese modo. Tienen vergüenza social, pero no culpa metafísica y eso transmite una gran relajación. Si eres sensible, puedes notarlo cuando caminas por las calles. Te das cuenta de que esas personas no llevan la lacra de estar cortadas por el mismo patrón monoteísta que te hace sentir culpable.

Ellas actúan según la suposición de que la naturaleza humana, al igual que toda la naturaleza, aunque esté llena de pasiones tanto como de virtudes, es esencialmente buena. En chino, la palabra *un* significa de buen corazón humano, o humanidad, pero no en el sentido de ser humanitario por necesidad, sino de ser humano. De modo que cuando dicen: «¡oh, es un gran ser humano!» quieren decir que no es una persona estirada, que puede abandonar su postura y hablar conmigo como un ser humano y que reconoce que ella también es una bribona. Así cuando un hombre llama afectivamente a un amigo: «tú, viejo bastardo» utiliza un vocablo cariñoso, porque sabe que «el viejo bastardo» comparte con él lo que yo llamo el «elemento de tunantería irreducible» que todos tenemos.

Si una persona tiene esta actitud, nunca será una santurrona arrogante. Confucio dijo: «los santurrones son los ladrones de la virtud». Porque la filosofía del santurrón es: «Si yo estoy en lo cierto, entonces tú estás equivocado y tendremos que luchar. Yo soy un cruzado contra el mal y te voy a eliminar, te voy a exigir una rendición incondicional». Pero yo puedo decir: «No, yo no tengo razón y tú no estás equivocado, pero sucede que quiero ganar. Tú tienes los templos más hermosos y yo voy a luchar por conseguirlos». Si hubiera dicho eso, iría con mucho cuidado para no destruir los templos.

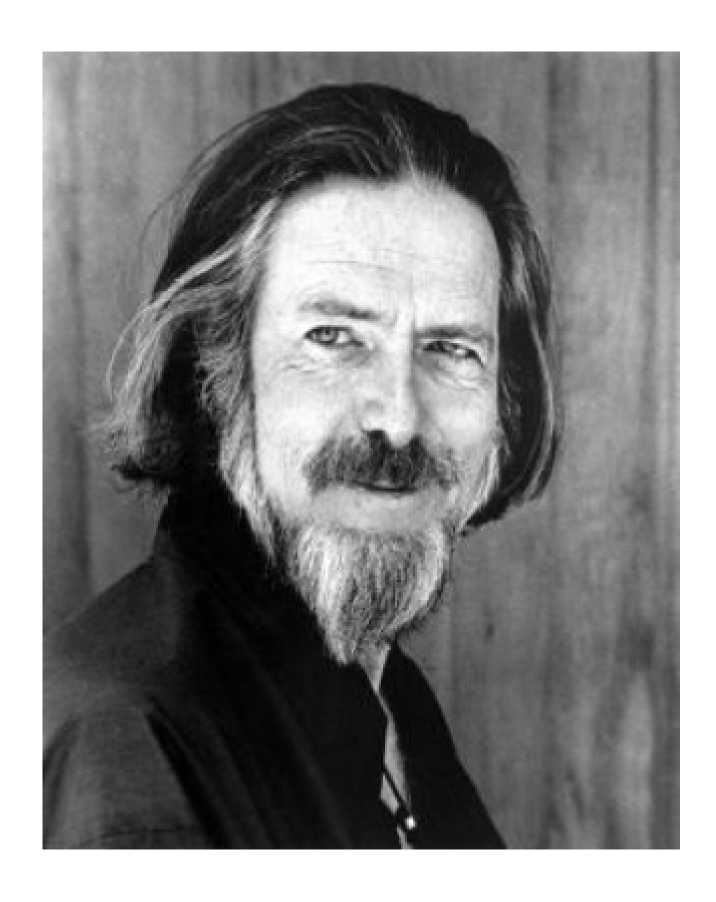
Sin embargo en las guerras modernas no lo tienen en cuenta. Las únicas personas que están a salvo son las que están en las fuerzas aéreas, porque están allá arriba. Las mujeres y los niños habrán desaparecido, porque habrán sido achicharrados con una bomba como la de Hiroshima. Pero en los aviones están seguros. Esto es inhumano porque estamos luchando por una ideología en lugar de hacerlo por las cosas prácticas, por las posesiones, por la avaricia.

Esta es la razón por la que los chinos reconocen las dos facetas de la naturaleza humana y Confucio diría que él confía más en las pasiones humanas que en sus virtudes: la rectitud, la bondad, los principios y toda esa pretenciosa abstracción.

Bajemos a la Tierra, desprendámonos de ello. Esta es la razón por la que existe un tipo de persona en la que depositamos la confianza, porque reconoce el tipo de naturaleza de la naturaleza humana. Si eres como los cristianos que no confían en la naturaleza humana, que dicen: «es un caído, es un diablo, es perverso», estás en una curiosa posición. Si dices: «no se ha de confiar en la naturaleza humana», entonces ni siquiera puedes confiar en el hecho de que no confías. ¿Puedes ver adónde te conduciría eso?

Es cierto que la naturaleza humana no siempre es digna de confianza, pero se ha de proceder apostando por que la mayor parte del tiempo sí lo es, o al menos en un 51 por ciento de las veces. Porque si no lo haces, ¿qué otra alternativa tienes? Has de tener una policía estatal y se ha de controlar y vigilar a todo el mundo. Pero ¿quién va a vigilar a la policía? Al final acabas como en China justo antes del -250, durante la dinastía Ch’in (Qin), que duró quince años. El emperador decidió que todo tenía que estar controlado para que su dinastía durara mil años. En aquel proceso lo enredó todo. De modo que la dinastía Han, que duró desde el -250 hasta el 250, ocupó su lugar y lo primero que hizo fue abolir todas las leyes, excepto las básicas sobre la violencia y el robo. Toda la complejidad legal fue erradicada y la dinastía Han marcó en la historia la cumbre de la civilización china. Fue un período de verdadera paz y gran cultura. Fue la época dorada de China, aunque puede que lo esté simplificando demasiado, como hacen todos los historiadores.

Este maravilloso reinado se basaba en la idea del humanismo de Extremo Oriente, reconocía que, a pesar de que los seres humanos son unos bribones, no lo son más que los gatos, los perros o los pájaros. Así que se ha de confiar en la naturaleza humana, porque si no puedes, prepárate para morir de inanición.



ALAN WILSON WATTS (Chislehurst Kent, 6 de enero de 1915 - Mt. Tamalpais California, 16 de noviembre de 1973) fue un filósofo británico, así como editor, sacerdote anglicano, locutor, decano, escritor, conferenciante y experto en religión. Se le conoce sobre todo por su labor como intérprete y popularizador de las filosofías asiáticas para la audiencia occidental.

Escribió más de veinticinco libros y numerosos artículos sobre temas como la identidad personal, la verdadera naturaleza de la realidad, la elevación de la conciencia y la búsqueda de la felicidad, relacionando su experiencia con el conocimiento científico y con la enseñanza de las religiones y filosofías orientales y occidentales (budismo Zen, taoísmo, cristianismo, hinduismo, etcétera).

Alan Watts fue un conocido autodidacta. Becado por la Universidad de Harvard y la Bollingen Foundation, obtuvo un máster en Teología por el Seminario teológico Sudbury-Western y un doctorado honoris causa por la Universidad de Vermont, en reconocimiento a su contribución al campo de las religiones comparadas.

Notas

[1] Se denomina generación *beat* a los miembros de la generación que surgió después de la segunda guerra mundial que, debido a su desencanto ante la sociedad de su época, abrazaron el misticismo, la relajación de las normas sociales y la libertad sexual. El término «beat» significa «abatido», y el primero en usar este término fue Jack Kerouac. *(N. de la T.)* <<

[2] Los militantes *yippies* eran un grupo antibelicista, eran *hippies* políticamente activos (Youth International Party). *(N. de la T.)* <<

[3] El síndrome de Pollyanna es un estado de optimismo ciego o exagerado, como el que tenía la heroína del cuento de Eleanor Porter. *(N. de la T.)* <<

[4] Versión del rey Jaime, también denominada versión autorizada, traducción inglesa de la biblia publicada en 1611 bajo el auspicio de Jaime I de Inglaterra. De los 54 eruditos autorizados por Jaime, 47 trabajaron en seis grupos distintos y en tres lugares diferentes durante siete años, utilizando antiguas traducciones y textos ingleses de los idiomas originales. La traducción resultante tuvo una marcada influencia en el estilo inglés y generalmente se ha aceptado como la biblia inglesa por excelencia durante más de tres siglos. [8] *Enciclopedia Británica*, Inc., 1994 *(N. de la T.)* <<

[5] Alan Watts probablemente utiliza «calendarios divinos» a la hora de fechar el *Kali-yuga*, ya que según la cronología tradicional aún restan 429 000 años y no 5000 para su conclusión. Igualmente, utiliza la imagen de Kali (y no la habitual de Kalkin) para simbolizar el fin del *yuga*. *(N. del E.)* <<

[6] Vilano: corona de filamentos largos y finos que rodea las semillas de muchas plantas compuestas, y les sirve para ser transportadas por el viento. *(N. del E.)* <<



[7] Insecto díptero, especie de mosquito que se alimenta del jugo de las flores. *(N. del E.)* <<